

REVISTA NACIONAL DE

EDUCACIÓN



Nº

95

Director: PEDRO ROCAMORA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 34

TELÉFONO 21 96 08

MADRID

IMP. SAMARÁN
MALLORCA, NUM. 4


J-4

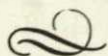
REVISTA NACIONAL
DE
EDUCACION

NUMERO

95

AÑO X
SEGUNDA EPOCA
1950





SUMARIO



EDITORIAL

Joaquín de Entrambasaguas : LOPE DE VEGA Y PORTUGAL

Antonio Fernández Cid: EL ESTADO Y LA INTELLECTUALIDAD
ESPAÑOLA AL SERVICIO DE LA MUSICA

Carlos Ruiz del Castillo : APUNTES FRAGMENTARIOS PARA
UNA TEORIA DEL SELECTO

LA OBRA DEL ESPIRITU



LA SEMANA SANTA EN CASTILLA, por *José Sanz y Díaz*

LA CASA DE LOPE DE VEGA EN MADRID, por *Cecilio Barberán*

EXPOSICION BIBLIOGRAFICA DE LA PASION

ACTIVIDAD LITERARIA EN EL ATENEO DE MADRID

CONMEMORACION DE LA FIESTA DEL LIBRO

HECHOS



BELAUNDE, DOCTOR «HONORIS CAUSA» DE LA FACUL-
TAD DE CIENCIAS POLITICAS

MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO, ACADEMICO DE LA
ESPAÑOLA

EL NUEVO COLEGIO MAYOR HISPANOAMERICANO «HERNAN CORTES» EN SALAMANCA, por *Antonio Ortiz Muñoz*

LA EXPOSICION DE FERNANDO ALBERTI, por *Eugenio Mediano*

LOS INSTITUTOS LABORALES, CREACION PREDILECTA DEL REGIMEN

NOTAS DE LIBROS

El gran Duque de Alba, por Mariano de Berueta.—Madrid.—Biblioteca Nueva. Colección «La España Imperial».

La Vida del Médico, por Luis Fernando Alvarez.—Ediciones Galt.—Barcelona, 1950.

El Arzobispo don Raimundo de Toledo, por Angel González Palencia.—Colección «Pro-Eclesia et Patria».

El número 49 de la *Revista de Estudios Políticos*.

Jaime Balmes, político, por Ernesto Laorden.—Editorial Labor. Colección «Pro-Eclesia et Patria».

DOCUMENTACION LEGISLATIVA



EDITORIAL

CUANDO el 23 de abril del 1616 un clamor funeral de campanas anunciaba la muerte de Miguel de Cervantes, la sombra de Don Quijote comenzó a cabalgar incansablemente por todo el paisaje de la vida española, para proclamar un estilo insólito y desconcertante de concebir el mundo. Desde entonces, un libro fué el compendio ideológico de cómo los españoles entendían ese drama cotidiano de lo que es el vivir. Por eso, cuando las letras han querido inventar una conmemoración espiritual, en la que, junto al latido de la primavera, pueda renacer el verdor de sus laureles literarios, han elegido aquella fecha memorable en que Madrid lloraba, hace trescientos treinta y cuatro años, su duelo cervantino.

Hoy, la celebración de la fiesta del libro, tiene cronológicamente una inesquivable emoción evocadora. Y es que, cuando se toma como símbolo literario el texto del Quijote, se descubre necesariamente no sólo la eternidad del ingenio que lo inventara, sino también la universalidad del idioma en que se escribió. La lengua de Cervantes, transportada allende los mares, significa más que instrumento

de un imperio físico, expresión de la grandeza cultural de un pueblo. Cuando al alicortado perímetro de la Patria le crecieron alas de triunfo para recorrer, en periplos de gloria la redondez de la tierra, Nebrija, con su gramática, estableció el canon del lenguaje, y Cervantes, con su Quijote, instauró la más revolucionaria arquitectura de las letras.

A través de los siglos, el libro ha sido para España concebido como el arma mejor del espíritu. Como en el famoso texto de Platón, el libro reivindica su categoría esencial entre las cosas más elementales y solemnes que llenan la vida. Un ala, un ángel, un alma o un libro, representan, en las páginas del Fedro, categorías deliciosamente pariguales.

No importa que no todos los libros que cruzan ante nosotros alcancen el límite sumo de la perfección. Sean bienvenidas sus hojas impresas que, si en ellas hay no sólo los "decires escritos" a que aludía el diálogo platónico, sino también esos hondos silencios y ese misterioso no decir de las cosas inefables, el libro habrá ganado el galardón de la eternidad. ¡Desdichado el hombre que no sabe encender la emoción de su espíritu con las cenizas del pensamiento puro que enterró, entre sus páginas, el autor de todo libro, por modesto que sea!

Ahora que el vértigo de la vida aleja a la humanidad de ese sosegado silencio de las bibliotecas, proclamemos desde aquí a los cuatro vientos del mundo, la necesidad imperiosa de que los libros vuelvan a ser los supremos artifices de ese tan urgente rearme moral de los pueblos. Aquí está el ejemplo de la cultura de España, que de vuelta a su rumbo secular por el cielo incansable de Francisco Franco, ha incorporado a su cruzada de trabajo y de creación el arma incomparable de los libros, para servirse de ellos, en sus universales tareas, de justicia y de paz.

LOPE DE VEGA Y PORTUGAL

Por JOAQUIN DE ENTRAMBASAGUAS

Para Miguel Junquera.

LA fascinación que Portugal, y concretamente Lisboa, ejercieron sobre nuestros escritores del Siglo de Oro, se evidencia con la lectura de muchas de sus obras. No voy a enumerar aquí siquiera la serie de textos referentes al caso. Desde Cervantes, la figura máxima de las letras españolas, que sitúa en Portugal y Lisboa las andanzas de los protagonistas del *Persiles*, hasta cualquier escritor de último orden, en que se hallan alusiones a la dulzura del amor portugués o la moda de los búcaros portugueses, tan estimados entonces, todos se apasionan por diversos aspectos de Lusitania y admiran a sus literatos, principalmente la gran figura de Camoens y la epopeya grandiosa de sus *Lusiadas*.

Lope de Vega, «tan de veras español», como él decía, y, por lo tanto, tan compenetrado de todo lo grato a la España de su tiempo, no podía por menos de sentir también la atracción lusa.

Y no sólo en su obra, sino en su biografía, surgen a menudo, muy significativamente Portugal y sobre todo Lisboa, la bellísima ciudad cuya evocación le deleitaba.

Cuando Lope es un guapo mozo, abandona las doctas aulas de la Universidad de Salamanca —donde, sin duda, estudiaba—, y en 23 de junio de 1583, sale del puerto de Lisboa en la escuadra española, mandada por el glorioso don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz del Viso, para la conquista de la isla Terceira, única de las Azores que permanecía fiel al prior de Ocrato sin someterse al dominio de Felipe II.

Es fácil figurarse lo que aquel tremendo devorador de vidas femeninas —«monstruo de naturaleza», en este aspecto, antes que en el literario— haría por los barrios populares de Lisboa mientras se organizaba la partida de la flota. Por algo figuraba entre los «cincuenta aventureros, señores particulares», que se unieron a la empresa.

El poeta describió con viveza y detalles evocadores el hecho guerrero en su comedia *El galán escarmentado*, donde se admira del Tajo:

«*Del gran río de Lisboa.*»

Ante sus ojos asombrados de madrileño «en seco» aparecían los paisajes de ensueño de las Azores: San Miguel, Villafranca, Puerta Delgada, San Sebastián, Angra..., que cita con recuerdo imborrable.

Más tarde, cuando después de sus borrascosos amores con Elena Osorio y tras el rapto, y matrimonio con el poeta, de Isabel de Urbina, vuelve a Lisboa para incorporarse a la Gran Armada que iba contra Inglaterra en 1588.

Mientras llegaba el día 29 de mayo de dicho año, en que levó anclas la flota, Lope aprovecharía el tiempo recordando sus paseos amorosos por la vieja Lisboa, que aun no había sido estremecida por el fabuloso terremoto, ni embellecida, aún más, por el Marqués de Pombal.

Se confirman estas conjeturas, con respecto de estas dos estancias del poeta en la capital portuguesa, porque mucho después, en una carta íntima, donde habla de su segundo período lisboeta, re-

cuerda, como lo más digno de memoria, sus amores con una cortesana «alfaciña» —no siempre han de ser bailarinas españolas las mujeres fatales allí— a quien dió generosamente «unos escudillos, reliquias tristes que había sacado de Madrid». Bien es verdad que la tal dama del tusón aun anduvo más generosa con el apuesto madrileño, porque no los aceptó, afirmando con orgullo: «No me pago cuando me huelgo.» Buena respuesta que pudiera ponerse en boca de la protagonista de la graciosa comedia de Jean Paul Sartre *La putain respectueuse*, cuya dignidad no le permitía ciertas cosas.

Por cierto, que si ha de creerse a Montalbán, también iban con Lope su hermano Juan, a la sazón alférez, y, acaso, según datos posibles, su rival don Bela —Antonio Perrenot de Granvela— por quien le dejó Elena Osorio, y algunos de sus amigotes de la Corte: Luis de Vargas Manrique, Félix Arias Girón y sobre todo el bala perdida de Claudio Conde, a quien más adelante habría de liberar, contra la ley, de las torres de Serranos, en Valencia.

Al triste regreso de la desgraciada expedición, en que sólo llegaron, en desorden, algunos barcos hasta el cabo Mizén, en Irlanda, desembarcó en La Coruña el destrozado galeón *San Juan*, donde iba Lope, quien seguramente siguió por las costas portuguesas hasta Lisboa, para trasladarse en seguida desde esta ciudad a Madrid y Valencia, donde descansó algún tiempo de sus aventuras.

Después de esta última estancia en Lisboa, tan llena de recuerdos para el *Fénix*, diseminados en sus obras, no se sabe que el poeta volviera a Portugal, pero sí, en cambio, que su amor por él no disminuyó, y lo demostró a cada momento en sus relaciones con los más conocidos escritores portugueses, entre los que no debe olvidarse al famoso matemático Juan Bautista Labaña, de quien recibió lecciones en su juventud y cuya intimidad con el maestro llegaba a hacerle partícipe de sus inquietudes amorosas.

Sabido es el entusiasmo con que elogia Lope en su *Laurel del Apolo* a los más famosos escritores de Portugal, entre los que figuran varios amigos suyos, como Faría y Sousa, Antonio López de

Vega, Miguel de Silveira, etc., y la alabanza que dedica a Lisboa y a la nación lusitana :

*"Tendida en las riberas
Del mar de España dulcemente yace
La célebre Lisboa,
De las tierras iberas
La más ilustre y de más alta loa,
Que mira cuando nace
La luz pitonícida,
Alma del mundo y de los hombres vida.
Miño la lisonjea,
El Tajo la ennoblece,
El Duero la divide,
Mondego la pasea,
Toda nación la vive o la desea,
La India la enriquece,
Y el mar la trae cuanto quiere y pide.
Su gente belicosa
Pasó la Trapobana
Con impulso divino y fuerza humana,
Sujetando su mano poderosa
Los etíopes, rudos y abrasados;
Y viendo los remotos horizontes
De los cafres pintados,
Bárbaros lotofagos arrogantes,
Mares desnudos y vestidos montes..."*

Cuando algún escritor portugués solicitaba de Lope unos versos ensalzando el libro que publicaba, al uso de entonces, el poeta le complacía, aprovechando la ocasión para aludir al reino lusitano.

Así, al imprimir el doctor Gabriel Pereira su magnífico poema heroico *Ulisea Edificada*, Lope le dedicó un curioso soneto, poco

conocido, que no cita ni al erudito Garcia Peres, en que el *Fénix* alude a los míticos orígenes de Lisboa :

"Lisboa, por el griego edificada,
ya de ser fénix inmortal presume,
pues debe más a tu divina pluma,
docto Gabriel, que a su famosa espada..."

No es de extrañar que cuando Lope muere, colaboren en la *Fama Póstuma* que le dedica su discípulo Montalbán, una serie de poetas portugueses: Sor Violante do Ceo, Manuel de Gallejos, Bartolomé Vasconcelos de Acuña, Antonio Barbosa Bacelar, el Capitán Diego Gómez de Figueredo, Francisco Borges Pacheco, Fernán Pereira de Castro, doña Bitris de Gébora, el doctor Duarte de Silva, Francisco de Faría y Correa, doña Bernarda Ferreira de la Cerda, Francisco Saa de Meneses, Andrés Froes de Mancedo y otros, algunos de los cuales escriben sus loas en portugués.

Seguramente les impelían a este homenaje póstumo, no sólo la fama popularísima del poeta, sino también su amor a Lusitania, tantas veces demostrado en sus amistades y en las ediciones de sus obras, en muchas ocasiones impresas en Portugal.

Pero aparte de los pasajes citados, que podrían ampliarse con otros muchos, Lope dedicó varias de sus comedias a temas lusitanos: *El más galán portugués*, *duque de Braganza*, *El duque de Viseo*, *La tragedia del rey don Sebastián y bautismo del Príncipe de Marruecos*, *El Brasil restituído*, *Las Quinas de Portugal*, etcétera, etc., en las cuales abundan los elogios a Portugal, a Lisboa y al carácter, valentía y cortesía lusitanos.

Un largo e interesantísimo estudio podría escribirse —y no desisto de hacerlo algún día— sobre este aspecto de la obra de Lope de Vega, que aquí apenas he apuntado para despertar la curiosidad por él.

Si algún día se realiza, podrá verse cómo el más español de todos nuestros escritores, vibra en todo momento por ese Portugal hermano cada día más cerca de nuestros corazones hispánicos.

EL ESTADO Y LA INTELEC- TUALIDAD ESPAÑOLA AL SERVICIO DE LA MUSICA

Por ANTONIO FERNANDEZ-CID

NO por juvenil rebeldía, ni por voluntad de compensación al tan explotado criterio de considerar mejor cualquier etapa implicada ya en una historia, más o menos próxima, sino por puro sentido de la justicia, tan objetivo como, eso sí, pleno de ilusión, cabe afirmar que la afición musical en España ha cobrado unos vuelos apenas soñados en etapas anteriores. Los conciertos reclaman nuestra golosa atención, con ininterrumpidas llamadas; las sesiones filarmónicas se suceden día tras día, y un público entusiasta, solícito, acude, cada vez en mayor número, a teatros, centros y salas en que se cultiva la música de altura, en sus varias manifestaciones.

Para señalar tal avance, no es preciso retroceder a épocas lejanas, ni ampararse en relatos de antepasados, ni, en fin, releer crónicas y trabajos que nos hablen de un período «prehistórico» en lo que atañe a la iniciación de los conciertos públicos en España. Basta recordar el panorama patrio hace quince años, y un simple cortejo de cifras, si frías incontrastables, afirmará lo real

del incremento de pruebas, como lógica consecuencia de las demandas, cada vez más generalizadas, que conducen a la celebración de recitales, conciertos y sesiones de carácter musical.

Las causas de tan venturoso progreso son múltiples. Dos, sin embargo, podrían señalarse como decisivas: el apoyo estatal, la superación de un culpable clima de indiferencia por parte del sector intelectual, que si todavía no se halla del todo vencido, está en caminos de franca desaparición.

Cuando la paz extendió su manto por España, en los pliegues de las banderas victoriosas, entre reflejos de sangre y heroísmo, de triunfo y sacrificio, vino también, apenas escondido, un anhelo legítimo, un afán incontenible de compensar al espíritu de zozobras y rodearle de manjares mucho tiempo inasequibles: aquellos de que sólo pueden proveernos poetas, pintores, músicos, artistas, cualquiera que sea su especialidad.

En el terreno musical, una «Orquesta de Conciertos», otra «Sinfónica 1939», iniciaron el mensaje, con más decisión que fortuna. Pronto se habló de crear una Orquesta Nacional, de dar vida y amparo, con los organismos propios, a las Orquestas Municipales, de instituir concursos y premios para instrumentistas y compositores, de celebrar conferencias y conciertos.

Al mismo tiempo, en los locales del Ateneo madrileño, en un círculo recoleto, íntimo, la que pronto habría de ser Agrupación Nacional de Música de Cámara, abordó sus primeras pruebas, con el más feliz resultado. Entre los oyentes, algunos escritores de fuste, firmas insustituibles en las letras españolas, que se adentraban en la música por el camino más noble: el cuarteto de cuerda, manifestación que huye del alarde y evita cualquier énfasis culpable.

En esos años que siguieron a nuestra postguerra, Joaquín Rodrigo estrenó su *Concierto de Aranjuez*. Antes, dejará muestras de su talento en la colección de críticas y comentarios musicales recogidos en *Pueblo*. Ello, el anuncio de un concierto para guitarra y orquesta —en maridaje tan peligroso, como original y conseguido—, incluso el conocimiento de la persona y el descubrimiento de que no se trataba de un artista encerrado en los puros confi-

nes de su especialidad, sino de un espíritu cultivado, sensible al literario goce, sirvió para desvanecer prevenciones. Lo demás, como siempre, lo hizo la música. El cortejo de artículos, de glosas, hasta de poemas, ensanchó el radio de acción musical hasta un campo sino hostil indiferente hasta entonces.

Todo, con intensidad más o menos grande, ha contribuido a la difusión, al comienzo de la popularidad de nuestro arte. Las puertas de la Universidad, de otros Centros docentes, cerradas hasta ese instante, se abren con hospitalidad amorosa. Es un día, varios días, el cursillo modelo que Rodrigo explica en la Facultad de Filosofía y Letras; otro, el ciclo musical de Ramiro de Maeztu, y las conferencias y charlas musicales que se incluyen en los planes de trabajo por que se rigen los cursos de verano para extranjeros en Santiago, Vigo, Segovia y Jaca; y los conciertos en los Colegios mayores; y, en fin, los programas múltiples, muchos de ellos de gran inquietud selectiva, del Ateneo madrileño —también, en menor cantidad, del barcelonés—, cuyo salón de actos se abarrota de un público en que abunda el elemento intelectual. (Algún escritor de renombre quiso derivar de la gratuidad de estas sesiones el poco valor de sus llenos, sin darse cuenta de que no son sólo las conferencias musicales ilustradas, aquellas que se brindan por invitación, sino todas las otras disertaciones, muchas, que no alcanzan tan feliz acogida.)

Los amantes de la música, de tal forma, vemos que la legión de leales engrosa por instantes; que timideces y desconocimientos que vedaban contactos asiduos se derrumban, como las reservas de quienes temían enfrentarse con un lenguaje de comprensión dificultosa; que, en fin, se acepta que «música buena» no es sinónimo de «música para elegidos», —o locos, calificación de moda mucho tiempo—, sino regalo ideal para cualquier espíritu sensible; que lo menos importante es hallarse en posesión de una base técnica, que se puede reemplazar, incluso ventajosamente, por la cultura y el instinto refinado.

Todo se debe, al menos en lo fundamental, a ese apoyo de nuestro Estado, a esa lenta conversión de los intelectuales indiferentes,



cuyo influjo, por la autoridad y prestigio que poseen, puede conducir a resultados incalculables. Por eso, muy al contrario de los que —habituales gustadores o comentaristas de la música— se irritan cuando leen artículos, opiniones o juicios de quienes se acercan, por vez primera, a confines que suponían vedados, creo que deben aplaudirse, con ademán comprensivo, con júbilo, incluso, los iniciales pasos, por fuerza vacilantes; que pronto, en su firmeza y lealtad, podrá encontrarse la compensación mejor.

Apoyo estatal, atracción del elemento literario, educación infantil en Centros y Escuelas: he aquí la triple base de un proceso artístico en España. Pero de ese tercer camino se hablará en otra oportunidad. Que la materia no puede considerarse a la ligera. Y las proporciones lógicas de un artículo imponen el punto final.



A PUNTES FRAGMENTARIOS PARA UNA TEORIA DEL SELECTO

Por CARLOS RUIZ DEL CASTILLO

Reanuda hoy su colaboración en nuestras páginas una de las figuras más singularmente interesantes de nuestro mundo universitario, don Carlos Ruiz del Castillo, catedrático de Derecho Político, autor de numerosos trabajos de investigación sobre esta rama jurídica, es actualmente Director del Instituto de Estudios de Administración Local. A sus profundos conocimientos sobre la ciencia política, se une un profundo dominio de los problemas que tiene planteados en la organización actual de los Estados, el tema de la municipalidad. Su profunda personalidad hace que todos cuantos temas cultive estén tratados con una altura intelectual y con un rigor científico sobremedida excepcionales.

Las páginas que siguen constituyen una admirable meditación filosófica sobre un tema de apasionante actualidad, expuesto por la pluma de un escritor de rico caudal humanista.

LA naturaleza de la sociedad y el sentido de su progreso constituyen el problema central de la Teoría social, y todas las soluciones se polarizan hacia uno de estos criterios: el del influjo personal como agente de la Historia o el del predominio, en este aspecto, de la acción de las masas.

En su primigenio significado de ciencia de los hechos sociales, la Sociología ha destacado la importancia de lo colectivo. Y en verdad que este criterio es el que parece acomodarse mejor al obje-

to de la ciencia social. Negativamente, lo social puede oponerse, en efecto, a lo personal. A la Sociología interesa la acción del hombre en la medida en que se socializa, sedimentándose en vida común y constituyendo el extracto de usos, costumbres y convenciones. En una palabra, ingresando en la órbita de lo mostrenco y anónimo.

Todo lo cual no resuelve, ciertamente, el problema genético: el de la producción de lo social, ni el problema ontológico de la sociedad, o sea, el de su naturaleza. Sirve tan sólo para exponer lo social como producto, pero no para explicar el proceso de producción. Porque si el individuo es resultado de la organización social, queda sin explicar la peculiaridad de la acción personal en cuanto reacciona sobre la sociedad e injerta en ella una nueva fuerza, que es precisamente la que dota de dinamismo a la vida social. Pero también es cierto que si, por el contrario, se pretende explicar lo social como una difusión de actos individuales (tal como lo aclaran las leyes de la imitación y de la repetición) quedan en la penumbra estas dos cuestiones previas: por una parte, la relativa a la necesidad de concebir al individuo *dentro* de la sociedad hasta cuando reacciona sobre ella, se opone a sus influencias o incluso se retira de ella, emprendiendo el camino de la Tebaida; por otra, no queda explicado cómo unas acciones individuales llegan a ser asimiladas por la sociedad, mientras otras son rechazadas como cuerpos extraños. La observación de que el medio social posee virtud suscitadora y estimulante, al mismo tiempo que fuerza de asimilación, es lo que ha permitido que la sociedad haya sido emparejada, con gran vigor metafórico cuando no con pretensión de estricta equivalencia biológica, con el organismo viviente.

Sólo si se considera al individuo como portador de esencias sociales aparece integrada en proceso la escisión —únicamente concebible bajo especie de momentos de razón— entre la individual y lo social. El individuo es social por tendencia constitutiva, lleva en sí, como carácter, el instinto social, y la sociedad es cosa distinta de una reunión de simples individuos, precisamente porque

es complejo de *individuos que son ya sociales*. Y en esta correlación que se establece, es evidente que no todos los individuos cooperan al proceso social, ni en calidad ni en extensión, con una energía igual. La sociedad se presenta así como una *gradación de individualidades* o una jerarquía de aportaciones. La presión social es uniforme en cuanto se manifiesta como coacción oficial (leyes y autoridades), en la esfera de normas y preceptos cuya observancia impone el Estado, pero es desigual cuando se manifiesta en forma de usos y convenciones cuya fuerza consiste en la generalización de casos de vigencia. En este dominio, la presión no es igualmente intensa sobre todos los individuos; hay una gradación de presiones en congruencia con los modos de asimilación y de observancia, una adaptación a las circunstancias personales. Y aquí se expresan las variedades como resultado de una lucha entre la *iniciativa* individual, infinitamente matizada, y la *resistencia* del medio. El impulso para evadir la imitación forja la *originalidad*.

Pero toda iniciativa o toda originalidad han de poseer, recíprocamente, aptitud social. Si el Genio, en sentir de Baldwin, se caracteriza por su «variabilidad», advierte el mismo sociólogo que también varía el demente, pero las variaciones del Genio son sociales en cuanto son aceptadas, mientras que las variaciones del loco o del criminal son siempre hechos extravagantes.

Además, la originalidad genial comporta una excepción, no ya considerada en relación con el conjunto de hombres de una sociedad, sino como acción en el conjunto de acciones del mismo individuo original. O sea, que ni la personalidad más fuerte es original totalmente. La mayor parte de sus pensamientos y de sus acciones responden a un criterio de *habitualidad*. El repertorio de originalidades que despliega la personalidad señera es insignificante si se lo compara con el de las acciones que constituyen su comportamiento habitual. Instalado el gran hombre, como cualquier otro hombre, en lo social, la originalidad es sólo ventana del edificio abierta a la múltiple curiosidad del espíritu superior.

Aun esta misma originalidad se nutre generalmente de adapta-

ciones tanto como de novedades, porque la sociedad sólo legítima con su impronta lo que no rompe violentamente los estados de costumbre en que ella se refleja y reconoce. Sólo adquiere vigencia social lo que puede ser elemento del proceso de la vida común.

Así acontece, por ejemplo, con la evolución, eminentemente orgánica del idioma. El lingüista original no es el que modela más voces; tampoco es posible forzar el ritmo de adopción de neologismos más allá de la necesidad concreta y acuciante. La originalidad del lingüista consiste en la utilización peculiar de las palabras, a las que abre horizontes, dándoles giros nuevos. El enriquecimiento del idioma es más profundo que extenso. Las palabras, permaneciendo aparentemente iguales como entidades semánticas, adquieren nueva fuerza de expresión y colorido en los modos y formas del escritor excepcional.

De lo que ya se ha convertido en producto social y está petrificado en hábito o rutina, sólo el hombre superior sabe sacar chispas, como de pedernal auténtico. Parece indudable que el progreso y el movimiento de lo que la Sociología positivista consideraba como materia social es obra individual. La creación corresponde al individuo; la conservación es obra social.

Pero, como acaba de insinuarse, no basta, sin otro esclarecimiento, con esta afirmación. La sociedad muestra también un criterio de selección, en el sentido de que, entre las múltiples originalidades, sólo a algunas imprime cuño de vigencia, mientras elimina otras. A lo sumo, las no asimiladas permanecen al margen de la socialización y no alcanzan así valor de ejemplaridad, pues sólo es ejemplar lo que contiene posibilidades de imitación.

El destino de la originalidad es morir al ser imitada. Nuestras originalidades —decía Gabriel Tarde— llegarán a ser vulgares a su vez. Las propias originalidades de los sabios y sus mismas contradicciones no tienen otra misión que formar las verdades destinadas para uso futuro de los maestros de escuela.

La teoría de los *grandes hombres* es una parte de la Teoría social si se considera que la sociedad encuentra en ellos los resortes de acción y el impulso necesario para renovarse. «Generalmente, es-

cribió Bluntschli, una idea nueva encarna primero en los grandes hombres de una época y después desciende sucesivamente a las masas, a la manera que el sol ilumina primero las cumbres de las montañas.»

Mas la Teoría social no incorpora el individuo como tal, en su totalidad, al proceso de creación. No interesa el individuo, en su actividad conjunta, a la Teoría en cuanto aspira a ser autónoma. Le interesan sólo aquellas actividades que se destacan por su ejemplaridad. Son éstas, por otra parte, las que perpetúan los nombres que la posteridad recibe como transmisión con que el tiempo remeda a la eternidad.

Son las acciones, las obras, y no los hombres, lo único susceptible de transformarse en productos objetivos. Ramiro de Maeztu escribió agudamente: «Conocemos las vidas de algunos de los hombres que realizaron las mejores acciones que registra la Historia. Esas obras nos muestran que los hombres no eran buenos, aunque sus obras lo fueran. Si conocéis a artistas y a intelectuales, ya sabréis que no son buenos. Los genios no son mejores. Y los santos, que, sobreponiéndose a su naturaleza, vivieron, en conjunto, vidas santas, no fueron más que pecadores. Lo que hace santo al santo es que no pierde casi nunca la conciencia de ser un pecador.»

He aquí el tipo del Héroe. Se adquiere esa categoría por unas cuantas acciones excepcionales en sí mismas y raras también en la vida cotidiana del sujeto heroico. A veces, basta una sola acción, un gesto como el de Guzmán el Bueno en Tarifa, para ceñirse la corona de Héroe. En ocasiones, el martirio redime la vulgaridad y acaso el oprobio de una vida: «Un bel morire tutta la vita onora...» Por su calidad de excepción se define el heroísmo: excepción —insistamos— no sólo del hombre capaz de realizarlo entre los demás hombres, sino de la acción heroica en el conjunto de actos de un mismo hombre. Un heroísmo permanente no se concibe, porque la vida no adquiere la tensión necesaria para suscitar continuamente la actitud heroica. La degeneración del Héroe es el pendenciero. El capital de heroísmo, como el monetario, sólo se emplea bien cuando se pone al servicio de una gran empresa.

Acontece lo mismo con el hombre de ciencia o con el hombre de letras cuando son ejemplares de excepción. La fama se asocia a las obras, pero no son geniales todas las obras del genio. El descubrimiento de las leyes de la gravitación forja el renombre de Newton, y basta el «Quijote» a la gloria de Cervantes. No es la fecundidad, sino la selección, la que abre las puertas de la Historia. Sin perjuicio de que las grandes inteligencias estén en la vía de repetir sus hazañas.

La perennidad de la obra, en contraste con lo deleznable del autor, explica los fracasos del género biográfico. Las biografías no suelen contribuir a la glorificación de los grandes hombres biografiados, porque al rasgar el velo que cubre la vida privada y hasta una parte de la vida pública, dan pábulo a una curiosidad simplemente erudita o predominantemente malsana. Visto el hombre entero, pronto se descubre que es de barro como los demás, y nuestra admiración es reduce al perder perspectiva, aproximando el Héroe a nosotros y quedar acortada la honesta distancia que debe separar al admirador y al admirado. Es por lo que se dice que los grandes hombres no parecen grandes a sus ayudas de cámara.

Que la Historia se nutra de ciertas acciones y que las incorpore a su acervo separadas del resto de los actos que tejen la vida entera del protagonista, explica que la sociedad posea un sentido discriminatorio. Sólo en la confluencia de la originalidad genial y de este criterio que incorpora o elimina influencias, se forja la ejemplaridad, el valor social típico. Pero ¡cuántas energías selectas se han perdido para la Historia por falta de oportunidades de contraste y expansión! No nos referimos aquí a aquellos talentos que se pierden en la ignorancia, como las aguas de los ríos en el mar, según el simil de Costa y de Cajal. Esta es otra cuestión. Aludimos a las mentes cultivadas y a las voluntades enérgicas que, siendo conocidas, no han alcanzado los primeros puestos y se han sentido al margen de la verdadera vocación por falta de coyuntura, como seres que ven frustrado su instinto de paternidad. Les ha fallado la circunstancia o se les ha desvanecido el tiempo. O bien, su tiempo no ha llegado aún. El gran hombre necesita la colabo-

ración del tiempo. Requiere la ocasión, asimilable, en la Historia, al grado de permeabilidad que, en Geología, explica que calen las aguas en las capas de la tierra. «Todo genio —como dice, y no se puede decir mejor, el Dr. Marañón—, es el producto de tres azares —y por eso hay tan pocos genios—: el azar de la excelsitud de alma; el de que el alma genial encuentre el ambiente propicio; y todavía, el de que el alma y su ambiente se encuentren en el momento justo, exacto, en que uno a otro se puedan fecundar.»

La cuestión relativa a la determinación del alcance con que el sistema social condiciona la vigencia de los valores ha sido profundizada por la Sociología del saber. Pero queda sustraído a ésta lo que afecta a la objetividad de los valores y al modo personal de sentirlos y vivirlos, problema propiamente metasociológico y metafísico.

Este es otro aspecto de la selección. Hay hombres que realizan valores que no comportan, inmediatamente al menos, un propósito de integración social ni de ejemplaridad, sino que significan experiencia de intimidad. Tal actitud no se propone el encubramiento entre los demás, sino que es más bien una inhibición, un impulso de renuncia a la fama y de concentración en sí mismo, esto es, de ensimismamiento. La fama es el buen juicio que de nosotros tienen los demás. Existe la fama restringida del círculo social inmediato, del núcleo de especialistas o de profesionales; la fama, más difundida, de quien se desenvuelve en círculos comunales y genéricos: fama del guerrero, del político, del orador o del escritor que no se encierra en un sector del saber, sino que sacude o impresiona las almas con los recursos del arte.

No por ser más restringido el círculo de la fama tiene siempre menor valor social. Este no se encuentra necesariamente en razón directa de la popularidad que aureola las empresas del hombre de Estado o que acompaña la carrera triunfal de muchos artistas. El destino del inventor es, por el contrario, poco apto para ser entrevisto y valorado por las multitudes, y nadie negará, no obstante, el inmenso valor social de la inventiva.

Mas en uno y en otro caso, la fama es un tributo de reconoci-

miento con que la adhesión pública proclama la transfusión del espíritu del hombre afamado en el medio social y reconoce que la personalidad, lo mejor de ella o lo más saliente, se ha proyectado en los demás.

Al margen de la fama está el retiro, «la escondida senda», que unas veces siguen los desilusionados y los misántropos, pero que otras descubren, o mejor, se trazan otros que son verdaderamente selectos, «los pocos sabios» que meditan sobre el sentido de la vida. La misantropía es antisocial, pero la actitud del selecto que se retira para encontrarse a sí mismo en la soledad, no sólo es respetable, sino susceptible de producir frutos sociales.

Existe, en este orden, la gama inmensa de virtudes humildes, cuyo cultivo caracterizará de selecto al hombre que, sin aislarse por completo de los demás, reivindique su libertad interior con propósito de laboriosidad y de cultivo. No le aturdirá la trompetería de la gloria, pero tampoco le será indiferente el buen juicio de las almas rectas. Vivirá entregado a sus propios pensamientos sin pregonar ni sentir que lo importante es que ande él caliente aunque la gente se ría, epicureísmo que es negación de toda virtud. Pero más que la publicidad de la acción le interesará el móvil, y más que entregarse al juego de las convenciones sobre el ancho camino que sigue la multitud, gustará del análisis de las situaciones para obedecer la propia inspiración o el propio gusto depurado en el contraste reflexivo.

Podemos llegar por la senda escondida a los dominios de la vida contemplativa. Desde sus umbrales, contemplaremos —ellas también pueden ser contempladas— las almas desasidas del cuidado. Contemplar parece que es todo lo contrario de la acción. Pero la acción se propone crear o reformar, y no hay cuestión ni reforma social que no suponga o implique una cuestión moral. El cultivo de las almas es entonces agente de reforma social, porque la sociedad es unión espiritual de hombres, y la solidaridad no es un engranaje mecánico, sino una cooperación que requiere libertad y discernimiento.

Si se dice que los contemplativos no son activos, que no son socia-



les porque separan su vida de la vida social, habrá que apelar para desmentirlo a la Religión, que legitima diversos tipos de vida, pero cifra la perfección en la vida contemplativa, y al proceder así no sólo piensa en la perfección del cenobita o del anacoreta, sino en los bienes que esta actitud de retiro produce y derrama sobre los hombres todos. Creyendo en la eficacia religiosa, habrá que pensar con Víctor Hugo que los que rezan siempre llenan el vacío que en el mundo moral dejan los que no rezan nunca. Elevar el corazón a Dios es el modo mejor de elevarse uno mismo, y en el orden del perfeccionamiento la suma de perfecciones individuales forma el acervo social. El ascetismo causa efectos sociales al transformar la renuncia en posesión de sí, condición necesaria para servir a los demás. Y las almas que no aciertan a encontrarse a sí mismas y a poseerse, no poseen tampoco energía para actuar coherentemente en la vida social. Se concibe bien así que la Edad Media, a la que nadie negará facultad creadora, estableciese la solidaridad de los que oraban y de los que combatían. La actitud de O'Connell entregado en una iglesia a la oración cuando esperaba el Parlamento oír su voz en favor de la libertad de Irlanda, no era una actitud estéril ni en el orden de los acontecimientos materiales e inmediatos, porque contenía, sin proponérselo, un fermento social.

Lo mismo el caballero. Lo es en todos los actos de su vida. Se caracteriza por una habitualidad selecta de conducta que, por lo demás, no necesita ninguna ocasión excepcional en que culminar. En sus pensamientos y en sus maneras responde a la consigna de que «Nobleza, obliga». Su selección —se dirá— es la del estamento a que pertenece, pero sería más justo afirmar que las virtudes de hidalguía son eminentemente personales porque se ejercitan en circunstancias que permanecen desconocidas para los demás y aspiran a la aprobación de la propia conciencia.

La sociedad necesita también la existencia de sectores extensos donde moren almas no aturdidas por los ruidos del mundo. Es legítima la aspiración a dejar huella en el tiempo mediante la dedicación fervorosa a una obra. Las aspiraciones individuales, incluso el afán de sobresalir, mientras no degeneren en morbosa adoración

de sí, pueden soldarse a la conveniencia común, al bien de los otros. Y esto es lo que acredita que entre individuo y sociedad, lejos de existir oposición, exista simbiosis. Pero si los héroes y los grandes hombres han recibido la consagración del renombre al volcar sobre la sociedad el torrente de una acción personal desbordante, hay selectos que no incorporan a la sociedad acciones desmedidas, pero fertilizan, en cambio, con su vida total el subsuelo que nutre las raíces de los grandes troncos.

Aquí varía la perspectiva de los valores. El agente de la Historia —de la sociedad en cuanto Historia— es la *acción* destacada e influyente. Por eso, del héroe sólo se incorporan a la Historia las acciones heroicas; del hombre de Estado, la vida pública, del artista, el libro, el lienzo o la estatua.

Hay otra selección que, conocida o ignorada, comprende al hombre completo, forma su alma toda y se expresa en un incanjeable estilo de vida, con perfecta unidad de conducta.

No es ya a la *selección* como producto consolidado y como género, sino al *selecto*, a lo que ahora nos referimos: a la personalidad. Tener personalidad no requiere aparato de manifestaciones resonantes, pero exige continuidad de actos que no necesitan ser excepcionales, sino distinguidos en el sentido de ser imperados por un espíritu peculiar. Pues resulta cierto que no todos los días cabe merecer la fama, pero todas las horas son propicias para vivir elevadamente la vida. La culminación de este esfuerzo sobre sí mismo y de su expresión consciente es la perfección, y la suma de perfecciones determina las calidades y excelencias de una sociedad que no se confunda con una organización de masas.

Al trazar este perfil, no se pretende exponer una necesidad de opción. La Sociedad necesita el impulso de las grandes firmas y ha de ser, a la vez, medio propicio para que las almas puedan entregarse a la intimidad. Ha de ofrecer fulguraciones geniales y zonas de penumbra y de silencio adecuadas a las más características vivencias personales. Podríamos deducir que los valores morales, en cuanto entrañan clara conciencia de las relaciones de la conducta y esfuerzo perseverante del hombre sobre sí, nivelan la so-

ciudad por lo más alto, mediante principios que «siendo patrimonio de toda alma honrada» sólo pueden ser vividos con un sentido individual e intransferible de la responsabilidad. La conclusión sería favorable a la primacía de la «vida buena» sobre cualquier otro valor.

Pero no es este linaje de reflexiones, por pertinente que fuera su exposición, el fin principal de estas notas. Lo que aquí interesa establecer es la comprobación de un sentido de la vida social en virtud del cual la sociedad no se manifiesta únicamente como principio de asimilación, por un lado, de resistencia, por otro, sino como espacio para las actividades y como organización protectora que permite a los hombres vivir en sí, además de convivir. Ofrecer condiciones para el desarrollo de cada uno en lo que tiene de específico y llega a comportar una especie de pudor del alma, es también un fin social. Y la misma acción de las minorías directoras no debe ser enjuiciada con un criterio transpersonal, pues encuentra su destino en propiciar este ambiente, en el cual la sociedad pierde como fuerza de compulsión lo que gana como medio beneficioso para una fecunda variedad personal.





LA OBRA
DEL
ESPIRITU

LA SEMANA SANTA EN CASTILLA

Por JOSE SANZ Y DIAZ

POETAS, pintores e imagineros, al compás de la lira, del pincel o de la gubia, cantaron a lo largo de los siglos el fervor religioso de España. Nuestro pueblo es un pueblo que sueña y ora, que sabe conservar su fe y sus costumbres en el ánfora de la tradición, como un tesoro que es herencia de milenios. España, recobrada, exhibe cada año por Semana Santa, con unción fervorosa, con esplendor siempre renovado, el largo rosario de sus lienzos incomparables y de sus imágenes religiosas, esas tallas de prodigio que hicieron exclamar al poeta:

«Oye un momento, escultor:

¿Cómo lograste labrar

esta efigie del dolor

que hace, con verla, llorar?

Por los días conmemorativos de la Pasión, todas las ciudades españolas rivalizan en procesiones que dejan con su grandiosidad y su fervor suspenso el ánimo de los extranjeros.

Así, año tras año y siglo tras siglo. Todas las generaciones de artistas y de literatos dejaron su estela, su óbolo en pro de nuestra Semana Santa. Se cantó siempre el dolor de la Pasión y la suntuosidad de los cortejos.

Sin embargo, no todo es amargura y riqueza en las procesiones españolas. El campo es pobre y alegre el día en que el Señor resucita. A reflejar esta estampa nacional, campesina, tiende nuestro propósito de hoy.

Al campo llega la Semana Santa con los primeros soles de abril, cuando se han desrrobotado los corderos y dan su intenso olor las violetas. Después de la Cuaresma dolorida viene el Sábado de Gloria y el Domingo de Resurrección, con alegre repique de esquilones y ágil volteo de campanas. Los pájaros de bronce vuelan con sus ecos por los valles y las alquerías, anunciando a los cristianos el dulce Jesús de Galilea.

Se estremecen de júbilo las espadañas de los templos aldeanos y de gozo las almas sencillas que pueblan el agro. ¡Hosanna! ¡Cristo ha resucitado! La alegría inunda los rostros de las mozas en la fuente, que ese día lucen sus mejores galas, y acrecienta la ruidosa algazara de los muchachos, que juegan *al toro* en la plaza.

La mañana suele estar clara y en el azul del cielo sube el humo dormido de las chimeneas. Las mujeres trajinan en la hondura de los hogares y preparan guisos bienolientes. Es día de asueto para los hombres, que soltaron a la *dula* sus animales de labor.

Los pueblos de España tienen en este Domingo de abril la alegre y honrada humildad de las cosas sencillas, de la fe recia, bien sentida. La Resurrección del Señor pone en todas las aldeas el mismo estremecimiento gozoso: en las del Norte —Cantabria y Galicia—, húmedas y dulces; en las de Andalucía, blancas y so-

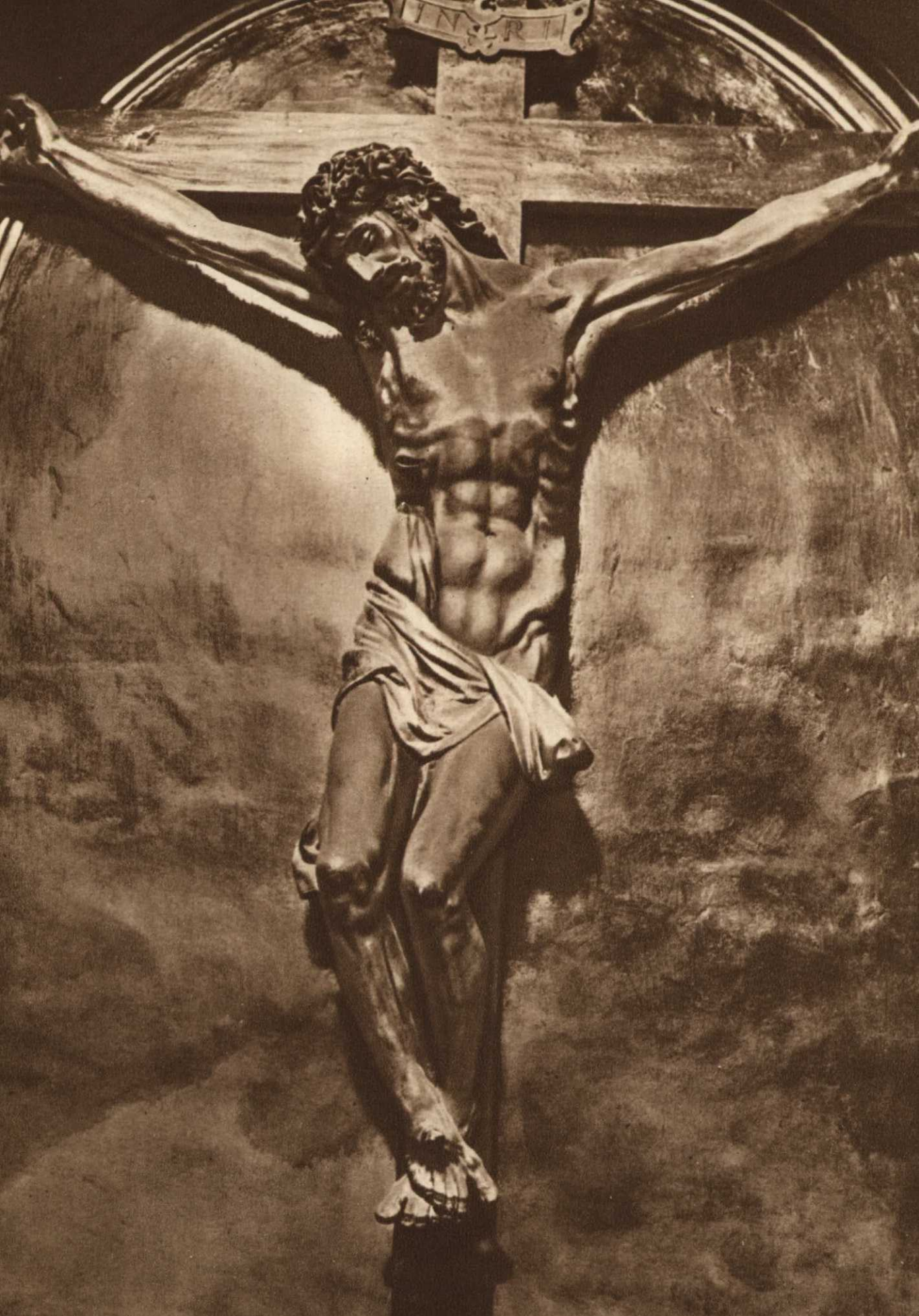




NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS.—*Juan de Juni* (1564).



NUESTRA SEÑORA DE LA QUINTA ANGUSTIA.—*Gregorio Fernández* (1618).



CRISTO EN LA CRUZ, DE LA PRECIOSA SANGRE.—*Juan de Juni* (1572).

leadas; lo mismo en las de Aragón, que en las de Cataluña; igual en Extremadura que en Castilla y Navarra.

Todo en los pueblos rezuma ese día glorioso paz y catolicismo: las casas iguales, el arroyo manso, los chopos orantes, la iglesia medieval y el cielo terso, sin una nube.

Las gentes campesinas son madrugadoras y se levantan con el alba, hasta en el Domingo de Resurrección. Las mujeres se afanan en las cocinas, llenan los cántaros, aliñan los guisos, visten a los chicos y lo preparan todo, con el fin de estar libres y peripuestas para cuando toquen a Misa mayor. El cronista añora estos cuadros, porque —igual que Gabriel y Galán— ha nacido:

*«...en esos llanos
de la estepa castellana.»*

Al fin suena la campana, anunciando con tres toques o señales que el Oficio divino va a empezar. Entonces, grave, ritualmente, el Concejo en pleno —brincas capas de paño pardo, haldudos sombreros— sale de la Casa Consistorial o del Ayuntamiento y se dirige a la del Párroco, al cual acompañan solemnemente hasta el templo.

El sacerdote oficia la misa, entre las luces parpadeantes de los hachones y el olor litúrgico del incienso. El pueblo, arrodillado, reza con fervor y atenta mirada.

Por último, sale del templo una procesión, que presiden el Párroco y las Autoridades locales. Delante va la bandera de la iglesia, que enarbola con arrogancia un buen mozo. Detrás, unas cuantas imágenes sencillas, ingenuamente concebidas por la gubia andariega de cualquier artista anónimo. ¡Nada de tallas de Montañés, ni de «grupos» de Salcillo! Si acaso, influencias remotas de Hernández y Berruete.

El sol de las once asoma su rostro apoplético por encima de la giba de un cerro, ávido de contemplar el cuadro. Se detiene el cortejo. La liturgia deja oír sus cánticos de alabanza al Resucitado. La gente madura mira el religioso espectáculo con pupilas cargadas de añoranzas y hace, *in mente*, comparaciones entre ésta y tantas otras procesiones como ellos conocieron. El sacro cortejo tradicional acaba bajo los rústicos porches de una ermita, que tiene nidos de golondrina en las recias vigas del alero.

* * *

Así celebran, año tras año, siglo tras siglo, los pueblos españoles la Semana Santa, con su colofón de alegrías, que es la Pascua. Es que el pueblo sencillo gusta inundar su alma en la inefable emoción de los sacros cortejos, en honor de Jesús redivivo.



LA CASA DE LOPE DE VEGA EN MADRID

Por CECILIO BARBERAN



LAS recientes obras de ampliación llevadas a cabo en la casa de Lope de Vega, de Madrid, y la apertura de la misma una vez terminadas aquéllas, nos plantea un estudio que entra en el campo de las investigaciones más actuales; esto es, ver hasta qué extremo una casa, el hogar que habitó una figura ilustre, puede ser, desaparecida ésta, biografía de su vivir.

En la casa de Lope de Vega, madrileña, pudiéramos decir que se da como en pocas mansiones de esta clase la biografía; está en ella tan viva la presencia del Fénix de los Ingenios, tiene tal poder de emoción y sugerencias cuanto en ella vemos, que difícilmente podemos encontrar en obra de este género otra que la iguale en valores emocionales y evocadores.

Pero, no nos separemos, pues, de la idea principal que nos interesó exponer tan pronto como esta vez volvimos a visitar la casa de Lope. Fué en el preciso instante que dió en ella el último toque de su sapiencia de museólogo y sabio investigador de todo cuanto se relaciona con las artes populares y suntuarias españolas que se llama don Julio Cavestany, Marques de Moret, a cuyo cargo ha corrido toda la nueva instalación.

Al punto de dar éste por terminada su obra entramos en la casa de Lope de Vega. Es la misma, como es sabido, aquella sita en la calle de Francos del Madrid de ayer —hoy, Cervantes, 11— que en 1610 adquiriera del capitán Villegas el poeta y en donde Lope muriera en 1635; casa que al cumplirse el III Centenario de la muerte del Fénix la Real Academia Española aderezó musealmente para rendir homenaje al genio impar que la habitó.

Esta autenticidad da valor a la biografía de un vivir que dicha casa tiene. Son valores singulares para la misma, de un lado, lo intacto que se conserva todo lo que a la fábrica respecta; después, las palabras con que Lope de Vega se refiriera a ella retratando el aspecto que la misma tuviera.

* * *

Fácil es conocer el valor que la casa de Lope de Vega, como finca de vivienda meramente, tiene. Se sabe que la misma, edificada por el albañil Juan Muñoz, corresponde al tipo de habitación modesta del Madrid de Lope. Y es el mismo Lope de Vega el que la retrata de «pobre casa, igual cama y mesa y un huertecillo», como escribiera alguna vez a Lope Félix.

Antecedente valioso es éste para estar advertidos de que ninguna grandeza hemos de ver una vez que pasemos la puerta de dicha casa y nos hallemos en su zaguán. He aquí la casa que eligió el poeta para vivir, consideramos tan pronto entramos en ella. Revela su aspecto una angostura económica tan notoria, que en este instante, cuando mentalmente recordamos la inscripción que Lope de Vega, como nuevo propietario, hizo grabar en la puerta de entrada —«Parva propria magna; magna aliena parva»—, lo juzgamos como un verso más de la fantasía del poeta.

Pero la realidad es otra; se presenta tan pronto pasamos el recio portón de cuarterones y pisamos el suelo del zaguán; está pavimentado con áspera loseta de barro; en el primer término de la entrada, a corta distancia de la puerta, comienzan las escaleras que conducen a la planta del entresuelo de la casa. Unos

peldaños de madera de pino, apenas sin alisar; una baranda de hierro con sencillo pasamanos nos llevan a las primeras habitaciones de la mansión.

Pero antes de subir por aquellas escaleras, nuestra vista ha quedado deslumbrada por un cuadro de luz radiante, cuyos reflejos iluminan la austeridad de aquella entrada hogareña; es el que se recorta al fondo de una galería pasillo del zaguán, hacia la izquierda, que comunica con el jardín del poeta; jardín pequeño, sin apenas flores de lujo, donde unas parras y un pozo de rústico brocal armonizan con la modestia de la vivienda.

Pronto nos sobrecoge la casi pobreza de la vida del poeta. Tenía razón Lope al retratar, como antes vimos, su casa. Pero esta pobreza no nos desalienta. Es la pobreza y la austeridad que tiene la vida de España a comienzos del siglo XVII; esa pobreza que forja la voluntad de sus hombres en la fragua de la dureza, de cuyo yunque salpican esas chispas de luz refulgentísimas de la inteligencia y de los afanes de sus hijos. Este medio es igual, pues, al de la celda del religioso, al calcinado de la estepa castellana o extremeña, que purifica con el sacrificio el alma de nuestros hombres y los hace lanzarse a las más altas empresas.

Por tanto, que este modesto hogar que vemos sea para Lope de Vega una fragua, un yunque más donde puede batir su inspiración. El es, sin duda, uno de los acuciamientos de la España de aquella hora, que opera el milagro de hacer soñar con grandezas a sus hombres, de estimular en ellos las creaciones que liberan de toda angustia.

* * *

Este elogio y justificación del hogar de Lope de Vega pierde un tanto su ejemplaridad tan pronto entramos en la sala principal de la casa, situada en la planta del entresuelo del edificio, con balcones a la calle, pieza que reconstruye el cuarto de trabajo del poeta.

Al entrar en ella pudiéramos decir que pronto nos satura un vaho humanizado. ¡Qué acierto de instalación! ¡Qué fidelidad de

muebles y qué riqueza de detalles! Todo es tan justo, tan perfecto, que opera el que nos creamos cerca del poeta. ¿Dónde está Lope?, nos preguntamos a cada instante. Hay momentos en que, confiados, creemos que lo vamos a ver. Esto aumenta nuestra emoción.

Ahora, que en este cuarto de trabajo de Lope de Vega las impresiones que recibimos son muy otras, más varias, más complejas. Las casas, como las personas, tienen en lo que constituye su cuerpo, su distribución, piezas secundarias y lugares íntimos, sagrados muchos de ellos, que nos proporcionan al entrar en los mismos conocer la intimidad de aquella vida. Esto acontece con este despacho de Lope. El cuarto de trabajo del poeta nos depara conocer un amplio aspecto de la intimidad literaria y vital del genial escritor.

Pero de forma maravillosa, ciertamente. He aquí la pieza en donde durante muchas horas vagó la fantasía del poeta. Aquí fué asistido Lope infinitas veces por la inspiración creadora; de aquí salieron gran parte de esa humanidad de seres que constituyen su teatro; el silencio de este cuarto fué roto muchas veces por las palabras, ya angélicas, ya filosóficas, ya pánicas, de su poesía religiosa y radiante.

Esto lo vemos, de modo admirable, cuando reparamos en algunos de los muebles y cuadros de la estancia. He aquí la mesa sobre la que escribiera el poeta. La preside un retrato de Lope de Vega, de pintor anónimo, que nos hace pensar que bien cerca tuvo que estar de Luis Tristán, el discípulo del Greco que lo pintó, y al que debemos la mejor iconografía de Lope.

Al pie del retrato está la mesa del escritor; mesa de sencilla traza castellana; un tintero de metal con pluma de ave y una salvadera son los adminículos de Lope; un velón lucentino en la misma nos recuerda las horas de trabajo nocturno del poeta. Nada vemos sobre aquella mesa que pudiera distraer la atención de Lope. Pero acaso la recogieran toda dos libros que hay en la misma: uno es la *Nobleza de Madrid*, de Jerónimo de la Quintana, abierto

por una página, y otro un pequeño breviario de Arias Montano, el sabio humanista, escritor esclarecido, gran amigo de Lope.

Cerca de la mesa, cubriendo toda la pared de aquel lado de la estancia, hay una estantería llena de grandes infolios con tratados de teología y libros de caballerías.

¿Qué obras sirven de inspiración al poeta en aquel lugar? Ninguna, acaso, más sugerente que un gran cuadro al óleo que tiene en aquel compartimiento cerca de la vista, hacia la izquierda, lienzo que representa una «Alegoría del triunfo de la Iglesia Católica». El mismo, como asunto, es una concepción barroca de imágenes teológicas, de aquellas que tan frecuentemente glosó el poeta en sus composiciones dramáticas. Dicho cuadro impresiona como un frondoso árbol genealógico, de cada uno de cuyos brazos pende una virtud ejemplar. Del aprecio en que tuviera Lope aquella pintura nos habla el haber figurado dicho cuadro en el convento de las Trinitarias, junto a las obras y muebles que de la casa paterna aportara al mismo Marcela, la hija de Lope, cuando ingresara en él.

De ello parece dar fe el retrato de Marcela de San Félix, con hábito de trinitaria, que hay frente a dicho lienzo; pintura, aunque de época posterior, que tiene por misión atestiguar el origen de dicho cuadro.

A continuación reparamos en los bargueños que figuran en la pieza. ¿Son los dos bargueños que cita Lope que tuviera en su casa? Nosotros afirmaríamos que sí. Y en verdad que al reparar en ellos vemos que pocas piezas hay en la casa más ricas en intimidades que estos muebles. Uno tiene el pie labrado con tallas renacentistas; otro es mudéjar, sobre base de sencilla traza castellana.

Pero estos bargueños, con sus gavetas a la vista, no pasan desapercibidos para nosotros, sino al contrario, ante el caudal de recuerdos que los mismos encierran. Ellos nos hablan ahora de un largo momento de la vida amorosa de Lope; de aquellos amores que en forma turbulenta conmocionaban su vida y que en tantos momentos hacen inconcebible que el poeta tuviera serenidad de

juicio para poder plasmar sus maravillosas concepciones poéticas. He aquí otro de los aspectos del genio, en el que ningún estudio caló hasta ahora para decirnos cómo pudo apartar en tantas ocasiones la llama que quemaba su carne de la llama que daba tan purísima luz a su espíritu.

Nada más lleno de sugerencias que cada una de las gavetillas de estos bargueños. En ellas, como es sabido, guardaba Lope las cartas de sus amores de pecado. ¿En cuál de ellas estuvieron los pliegos que le escribieran Elena, Isabel, Juana, Micaela, Jerónima, Antonia, Angela y Marta de Nevaes, entre otras menos conocidas?

En este momento evocamos a Lope, como es de suponer, ante el vendaval de pasiones que todas aquellas cartas de amor representaban. Se dice que solía releer con gusto y fruición estas cartas. Fácil es, por ello, adivinar la lucha que en el infierno de su conciencia habría en muchos momentos al leer estos pliegos, iguales a cánceres de pasiones que le corroían el alma.

En el extremo opuesto del cuarto de trabajo de Lope hay un compartimiento donde el poeta recibía a sus amigos y con éstos hacía tertulia literaria. Un espléndido brasero de cobre con tarima de madera decorada con artísticas aplicaciones de metal es el centro de un severo estrado de sillones de baqueta, donde toman asiento los amigos. Una estera de esparto cubre aquel trozo del pavimento. Este estrado nos trae la presencia de los amigos de Lope. Estos son: Eliso de Medinilla, Tamayo, Balas, Narbona, Vélez de Guevara, Soto, Chacón, Montalbán y Herrera, entre otros.

Fácil es adivinar la amenidad de la conversación entre los reunidos. También oír sus imprecaciones contra aquellos «truhanes», enemigos literarios de Lope, que se llamaban Cervantes, Góngora, Quevedo, Suárez de Figueroa, Mártir Rizo y Tomás Ramila. Esto viene a confirmar cuán viejo es en el mundo literario que las lenguas de unos se conviertan en tijeras despiadadas para cortar las alas de la gloria al compañero cercano.

El rincón, en verdad, es grato, íntimo, selecto; una artística librería, coronada con españolísima arquitectura, brinda a los re-

unidos la sabiduría de sus fondos; sobre una mesa de pulimentado nogal y traza antoniana se amontonan libros; también vemos un velón con sus mechas en disposición de ser encendidas. En aquel compartimiento hay una obra de arte que consideramos interesante: es un cuadro con asunto angélico que pintara Luis Rosicler Carpio, sobrino de Lope; este cuadro nos revela lo extensa que fué la pintura mediocre en todos los tiempos.

La tertulia literaria está presidida por un retrato del mejor amigo de Lope: por el de Benito Arias Montano; es un homenaje póstumo por el singular afecto en que tuviera al poeta.

* * *

Pero la casa de Lope de Vega tenía también una calidad social a la que había que atender. Esto aconsejó en la misma la instalación de un estrado para recibir a los visitantes. Acabamos de entrar en él; se comunica por una puertecita del cuarto de trabajo de Lope, cercana al lugar donde está el estrado de la tertulia.

Pocas piezas más interesantes que ésta; las paredes del estrado están tapizadas de rojo; una alfombra con dibujos encarnados y negros de traza mudéjar cubre parte de su pavimento; en él se alza una tarima, en la que hay unos cuantos cojines para que los visitantes se puedan sentar a usanza moruna. La pieza impresiona por su carácter íntimo y selecto. Un gran espejo con moldura negra cubre casi toda la pared central de la estancia; allí nos es dado ver tres preciosos bufetes de dama: uno es de traza mudéjar, otro tiene fina arquería renacentista; el tercero está trazado con sobria arquitectura española. También admiramos un cuadro con una copia de Rubens y otro con un retrato de Lucrecia.

Todo es fino, señorial, en aquella pieza. Pero lo más suntuoso de todo es el tapiz que cubre una de sus paredes; el rico paño se pliega como en disposición de cubrir con su vuelo a aquellos que necesitan calor, cobijo. ¿Es éste el tapiz que en cierta ocasión pide Lope de Vega al Duque de Sessa para evitar el frío que entra en aquella casa por puertas y ventanas? Creemos que sí; el Duque le

hace este regalo como el mejor de todos para hacer un poco cómoda aquella casa.

* * *

Contiguo al estrado está la alcoba de Lope de Vega. He aquí otra pieza en donde en tantas ocasiones podemos ver a Lope encarado con su conciencia. Todo está dispuesto en ella con monástica sencillez; todo es modesto, pero rico espiritualmente a la vez. El dosel del lecho está vestido de grana verde; un crucifijo preside la cabecera; cerca de la mano de Lope hay una pila con agua bendita; una imagen de San Juan, en talla, y un pequeño Ecce-Homo, en bajorrelieve, nos dicen cuáles son las devociones predilectas del poeta.

El mobiliaje de la alcoba lo componen un sillón fraileroy un arca, sobre la que vemos una bacía de loza para afeitar; en un rincón de la estancia, un lebrillo de Muel, para el aseo personal de Lope.

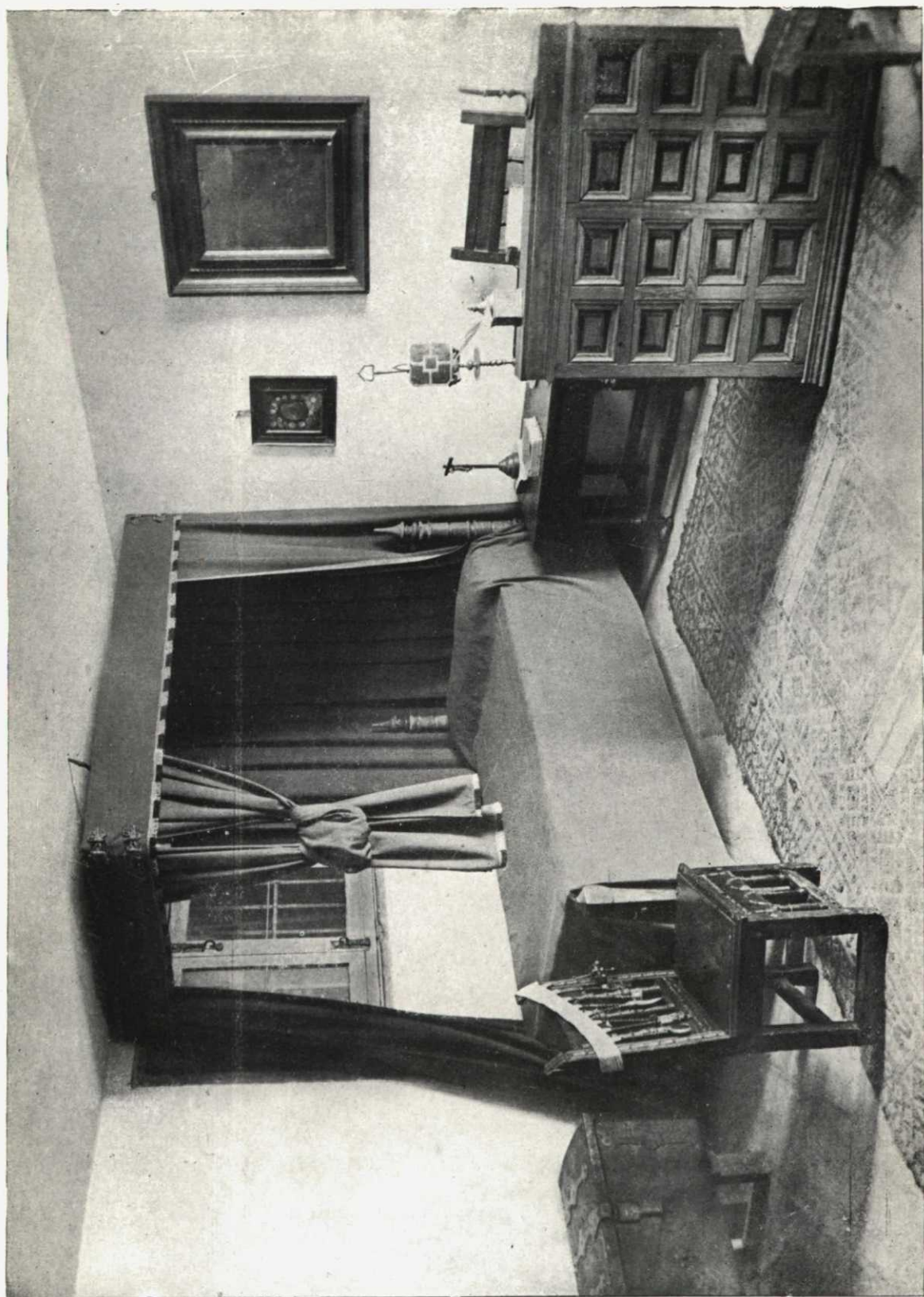
Pero el mayor horizonte espiritual que puede tener aquella alcoba nos lo descubre una ventana; por ésta vemos el oratorio de la casa; Lope, desde su lecho, podía oír misa.

Por eso dijimos que pocos lugares como éste encararon más continuamente la vida de Lope con su propia conciencia. Aquí fué acaso el lugar donde, en un momento de duro reproche contra sí, escribiera aquella «Rima sacra» que comienza:

*Cuando me paro a contemplar mi estado
y a ver los pasos por donde he venido,
me espanto de que un hombre tan perdido,
a conocer su error haya llegado.*

* * *

El oratorio de la casa de Lope de Vega está impregnado de vivencias del genio. La mayoría de las imágenes que vemos en él fueron ante las que rezó el poeta. Ellas oyeron en infinidad de ve-



Dormitorio de Lope



El patio de la casa de Lope de Vega



El despacho de la casa de Lope de Vega



Oratorio

ces las atribulaciones que tras de la tremenda estela de sus escándalos amorosos se apoderaron del ánimo del poeta.

Todo lo que en el oratorio vemos tiene un singular valor. La imagen que lo preside —San Isidro Labrador—, escultura tallada en 1605, era ante la que rezó el Fénix; artísticamente responde a las imágenes realistas de la escuela castellana; allí vemos también los dos Niños Jesús que tanto asisten en la vida de Lope, y que Marcela, la hija religiosa, viviente súplica humana por el perdón de los pecados de su padre, conservara en el convento de las Trinitarias donde profesó.

De igual procedencia es el pequeño grupo del Nacimiento, que tanto gozo espiritual le producía en sus horas de paz al poeta; el mismo, como obra escultórica, responde al estilo de esos expresivos altorrelieves de la escuela castellana de la época. Una imagen de la Purísima, un crucifijo y un relicario de ébano y marfil, que en tantas ocasiones se llevara a los labios Lope para ver de apagar el fuego que los quemaba, se presentan ante nuestra vista. En las paredes vemos un cuadro al óleo con la imagen de Santa Catalina de Sena y otro con la huída a Egipto, que documentan el oratorio del artista. Sobre una mesa vemos un alba, un cíngulo y una casulla como a punto de revestir al sacerdote; un reclinatorio de alto talle parece esperar que el poeta doble las rodillas en él...

Pero Lope no está allí; le vemos en el lecho por la ventana que hay frente al altar; el dosel y las ropas de la cama nos destacan a Lope espiritualizado, en lucha sempiterna entre el ángel y el demonio, que dominaban su vida. Pero basta ver la chispa de fe que los ilumina para creer en la salvación del alma de aquel hombre.

* * *

Al salir de la penumbra del oratorio, que se abre en el centro del primer rellano de la escalera, nuestra atención es solicitada por la lumbrarada de una pieza contigua; ésta es el comedor de la casa, cuyas ventanas dan al pequeño jardín.

El comedor de la casa de Lope de Vega es una estampa más

del sobrio vivir español de aquellos días. Pero no faltan en él detalles de buen gusto, reveladores de una elegancia. La mesa, de recio nogal, es de traza antoniana; sillas y sillones con asientos y respaldos de cuero constituyen su estrado; sobre la mesa vemos un velón de fuste salomónico; al fondo hay un precioso armario, guardador de viandas, de ágil traza renacentista, y frente al mismo, otro armario más pequeño, en cuya parte superior reparamos en un bello cuenco de cerámica de Talavera, en un pibetero de cobre y en varias piezas de cristal.

Todo es severo, si bien selecto, en la estancia. En las paredes se abren dos alacenas con puertas de cuarterones; la decoran cuatro lienzos con bodegones. Estos niegan en absoluto que existieran en aquella hora «Despensas» tan espléndidas como las que pintaran Snyders, Boel. Los pintores españoles, siguiendo a Zurbarán, encontraron el mayor placer pintando las pobres cerámicas, vidrios y frutos que vemos en estos cuadros.

En la estancia que visitamos evocamos un lance cuyos ecos de escándalo tardaron mucho tiempo en borrarse de la memoria de las gentes. Es el de una comida a la que en cierto día invitó Lope a Marta de Nevaes, el amor apasionado de aquella hora de su vida. Esta estancia, tan sobria, estuvo un día aderezada con las mayores suntuosidades que pudiera concebir la imaginación más rica. Esta modesta pieza, en una noche en la que el poeta tenía al rojo vivo su corazón pasional, se vió adornada con los mejores tapices, la vajilla de plata, cristalería de Bohemia, candelabros cincelados como los que pudiera tener un poderoso señor de los Países Bajos o un Dux de Venecia, para obsequiar en ella a Marta de Nevaes. Que nada, como es sabido, supera en fantasía y deseos la imaginación de un enamorado.

En este comedor comió un día Marta de Nevaes con Lope de Vega. La modestia de la calle actual, no obstante de lo desustanciado que está de ella el típico carácter que tuviera cuando era la calle de Francos, parece que guarda un fiel recuerdo del escándalo que se produjera cuando un día, al atardecer, llegara a la

casa de Lope Marta de Nevares en un espléndido coche del Duque de Sessa, arrastrado por un poderoso tronco de caballos.

Pocos pueden adivinar, al recordar este sucedido, el frenesí, la alegría que había en su ser, y el dolor, el tremendo dolor y vergüenza que sintieron algunas de las personas que vivían a la sazón en aquella casa. Estas eran las tres hijas de Lope. Nadie puede adivinar la intensidad que tuvo aquel contraste.

Marcela, su virtuosa hija, ha espiado todos los pasos que ha dado en la casa Marta de Nevares; su rostro se ha cubierto del más intenso carmín y la indignación ha paralizado su voluntad y su lengua cuando ha visto cómo la Nevares, indiferente ante el escándalo, ha curioseado en toda la casa, con el interés con que se ven las cosas de un ser amado. Marcela llega a conocer todas las locuras que es capaz de hacer una pasión senecta...

Se sabe que el duque de Sessa, gran amigo de Lope y compañero en despeñaderos morales de su vida, envió para esta comida su servidumbre y sus cocineros para servirla y aderezarla. Fácil es adivinar la suntuosidad que la misma tendría. La cocina, que está contigua, parece atestiguar la esplendidez de las viandas que se comieron; de los capones asados que allí se prepararon, del pastel de liebre que se hubo de amasar, de los pichones con salsas de nuez y almendras que se dispusieron; de la dulcería morisca que llenaba los centros de plata que adornaban la mesa.

Hoy, de aquella fugaz opulencia de una hora, hija de un desvarío de amor, no queda nada en el comedor y en la cocina de la casa de Lope de Vega. La soledad y la quietud que se enseñorean en ellos parecen losas que sepultan hasta el recuerdo. Sobre todo, en la cocina donde acabamos de entrar. En ella vemos que queda lo substancial de la misma, lo medular de su carácter. Este responde a la austeridad hispana que caracterizó el yantar de aquella época. De la campana del fogón de dicha cocina pende una cadena que suspende el clásico caldero; unos morillos, con bronceadas bolas, juntan la leña de la hoguera; allí vemos también unas trébedes de simple y artística traza, y en un vasar piezas para la cocina de alfarería popular y de cerámica de Talavera.

Una tinaja tobosina ocupa un ángulo de la estancia, y en un hueco de la pared, junto a la lumbre, vemos un banco de rústica traza, dispuesto para la hospitalaria espera del visitante modesto. Una ventana, con puerta de cuarterones, inunda de luz la estancia.

Nada más sobrio, más fiel, más sugerente que esta cocina de la casa de Lope, verdadera estampa de un aspecto del vivir de una época.

* * *

También parece que huyó el triste recuerdo que un desvarío de amor trajera a la casa de Lope, de otra pieza que comunica con el comedor. Esta es la alcoba de Feliciano y Antonia Clara, las hijas del poeta.

En esta pieza que ahora vamos a visitar se plasmó un silencio, una luminosa quietud tal que emociona tan pronto entramos en ella. Es la alcoba de dos solteras; de dos seres —gris y modesta una, Feliciano, y harto inquieta y desenvuelta otra, Antonia Clara.

Dos lechos con dosel hay en la alcoba; uno, con cortinas de grana verde; otro, con telas de grana azul. Hay un espejo de verdosa y desfiguradora lámina, ante el que difícilmente puede una persona mirarse, y una mesilla con un pequeño armario. Una pila para el agua bendita, de metal dorado, está al alcance de las manos de las doncellas; un lebrillo con reflejos metálicos, morisco, y un paño de algodón, a modo de toalla, están dispuestos para el aseo de las hijas de Lope.

Pero la impresión de vida más quieta y fiel la da un pequeño cesto con labores a las que dedicaran muchas horas Feliciano y Antonia Clara. Un sillita costurera con un cajoncillo para el hilo y las agujas, nos hace pensar que las hermanas están en la casa y que pueden llegar de un momento a otro a la alcoba.

Aquella tranquilidad, apenas nos saturamos de ella, también se ve ahuyentada por el más triste recuerdo. Surge éste cuando al pensar en Antonia Clara, recordamos que fué raptada por el galán Cristóbal Tenorio, rapto que tanto dolor produjo a su padre,



Comedor de la casa



Un aspecto de la escalera

que este dolor contribuyó para que Lope expiara en el mundo una gran parte de los pecados de su vida.

* * *

Desde la alcoba de Feliciano y Antonia Clara cruzamos el breve pasillo del entresuelo y subimos por típica escalera a las nuevas piezas de la casa de Lope de Vega, acondicionadas en lo que ayer fuera boardillones de la misma.

Nada más pintoresco que ver la traza de esta escalera; en ella se superponen los planos con arcos de un piso y otro; arcos que dan la impresión de escenografía unas veces; otras, de pobre recuerdo de un albañil queriendo imitar construcciones palaciegas. Pero lo cierto es que todo está barajado con una simpleza y un tipismo tal, que sorprende y encanta. Cuando llegamos a esta nueva planta de la casa, podemos decir que el ambiente que viviera Lope de Vega nos ha saturado.

Un desconcierto de pasillos, huidizos, luminosos, pobres, se presentan ante nuestra vista. ¡Siempre el vivir angosto enseñoreándose en todos los lugares de aquella casa! El silencio y el frío parecen los señores de la misma.

En lugar, un tanto apartado de aquella planta, está la alcoba del capitán don Alonso de Contreras, aquel soldado y aventurero a quien Lope, sin haberle hablado en la vida, llevó a su casa, diciéndole: «Señor Capitán, con hombres como V. m., se ha de partir la capa.»

Ocho meses, según cuenta don Alonso de Contreras, fué huésped de Lope. ¿Cuánto debió la obra del poeta a la riqueza de vida y aventuras de aquel soldado? Lope, seguramente, encontró en él un libro abierto, lleno de aventuras de vida. De ahí su interés en tenerlo en casa.

La alcoba de Contreras es la de un huésped propiamente; se observa en ella un mayor esmero, un celo mayor en cuanto a lecho y muebles. El dosel está tapizado de grana roja; a la cabecera de la cama hay un sillón frailerío, con la capa y la espada del

soldado; de la pared pende un sencillo candil y un cuadro con la imagen de Santa Clara.

Para adorno, se ha colocado allí otra pintura de Luis Rosicler Carpio, que representa a San José, y un hueco de la pared sirve de estante con libros para mayor distracción del huésped.

El ajuar del soldado está constituido por una historiada maleta de viaje, de cordobán labrado; ésta impresiona por su rareza, como esa maleta extraña que traen a las casas todos los huéspedes.

He aquí dónde, durante algunos meses, puso reposo a las aventuras de su vida el capitán don Alonso de Contreras.

* * *

Al salir de la alcoba del soldado, nos encontramos ante un pasillo o corredor, todo lleno de luz, de soledad y de frío. Al fondo, vemos una pieza que nos trae por la claridad y la paz que irradia; es la pieza donde pudiéramos afirmar que permanece más vivo el recuerdo de un ser: la alcoba de Marcela, la hija de Lope.

Pero antes de llegar a ella, nos hemos de detener en un cuarto también muy interesante; en el de las criadas Catalina y Lorenza Sánchez, que Lope tuviera a su servicio y citara en su testamento. Esta alcoba corresponde al característico de lugar rústico, campesino. Nada de lechos con dosel, sillas y comodidad alguna. La disciplina de trabajo de las mozas impide toda pequeña molicie. Las camas las constituyen banquillos con cinco tablas; un feble colchón se cubre con colchas de lino bordadas con dibujos populares; un pequeño candil, ayudador de luces no amanecido, pende en la pared; también, entre las cabeceras de las dos camas, hay un cuadro con la imagen de San Estanislao de Kostka, en litografía de la época, que indica la devoción que aquéllas tuvieran.

* * *

Contrasta con esta pobreza la otra pobreza señorial de la alcoba contigua: la de Marcela, en la que acabamos de entrar. Acierto singular consideramos que es visitar esta alcoba al final

de nuestro recorrido por la casa de Lope de Vega. Pues ella reúne, a nuestro juicio, todos los valores morales que tienen como sello una vida. Marcela es la hija predilecta de Lope, la que hereda su talento literario y la que le sigue en las creaciones del espíritu. Pero con la variación capital de que sus vidas, al comenzar a rendir sus frutos intelectuales en el mundo, al bifurcarse, toman caminos muy distintos.

Entremos, pues, en la alcoba de Marcela y procuremos saturarnos antes del vaho que parece que en ella se enseñoera. El lecho de la doncella es un dosel con cortinajes de pesada tela verde; al alcance de la mano, en la cabecera del mismo, hay un crucifijo sobre la mesilla, un velón y un libro de oraciones.

El suelo está cubierto con una alfombra de dibujo negro y rojo de traza morisca; un cuadro con imagen de devoción y otros dos con floreros decoran las paredes. Junto a una ventana, que inunda de luces la estancia, hay una mesa atril de cuarterones para escribir; unas cuantas sillas, con asiento y espaldar forrados de damasco de seda rojo, forman parte del mobiliario.

Reparamos, una vez más, en la mesa escritorio de cuarterones por la atracción que ejerce sobre nuestro interés en aquel instante. En ella escribió Marcela gran parte de las inspiraciones que recibió de la vena poética paterna. Cerca está un espléndido bargeño con tablero para escribir, abierto; en otro lugar de la estancia vemos un típico cofre forrado de piel y herrajes de artesanía madrileña; en otro extremo, una cuna, que nos recuerda los primeros días de la vida de Carlos Félix, el hijo de Lope.

El cariño que inspiró aquel ser rodearon su lecho de las más finas prendas; la almohada de su cuna se cubre con un tapetillo de encaje español; la colcha es de recio lino decorado con finos dibujos; a los pies del pequeño lecho se extiende una piel de cabra para reservar al infante de todo posible frío. A la cabecera de la cuna hay una pequeña silla, en cuyo espaldar está prendido una banda de seda azul de la que penden medallas, sonajeros, higas y amuletos que pueden librar de todo maleficio al infante. Nada más quieto, más sereno, más luminoso que esta estancia.

Pero este concierto de serenidades, tan apartadas del mundo, ¿qué dicen a Marcela? Le descubren su vocación monjil, una vez que ha conocido cuanto de escaleras abajo ocurre en aquella casa; cuando, siendo aún blanda cera humana, ha pasado por el oprobio moral de tener en alguna ocasión de comparecer y rendir pleitesía a alguna de las mujeres que mantenían en pecado mortal la vida de su padre; también la amargura que le produjo ver raptada por un truhán su hermana Antonia Clara.

Aquella tranquilidad sólo se ve turbada por los sonos de las campanas del convento de las Trinitarias de la calle de Cantarranas, cercana. Y éstos son los que le iluminan para que por el inmenso amor que siente hacia su padre, haga ofrenda de su vida al claustro, para, con la inteligencia que heredó del descañado padre amado, pedir a Dios por él, a todas las horas de su vida.

Dios le ha llamado al claustro; ya conoce la medicina para curar tan inmensos males; estos son celda, cilicios y ayunos. A estos entrega Marcela su fragante juventud en pos de alcanzar la salvación del alma del ser al que le debe la vida.

Veamos, pues, cómo la estancia más quieta y más serena de aquella mansión, es, acaso, la más honda, la más turbulenta de una vida que también como Lope alcanzó la mejor inmortalidad: la de su alma.

* * *

Toda casa de figura prestigiosa, aquella que caldeó con el aliento de su vida un personaje ilustre, puede ser, sin duda, biografía de su vivir. Ley de naturaleza las impregna de tal manera de vivencias inaprehensibles que dan lugar a este milagro.

La casa de Lope de Vega que acabamos de vistiar es, como hemos visto, la biografía de un vivir. Fácil es adivinar, a través del bosquejo que de la misma acabamos de hacer, el interés que tendría el auscultar palmo a palmo en cuantos lugares la misma encierra.

EXPOSICION BIBLIO- GRAFICA DE LA PASION

Se inauguró en la Biblioteca Nacional organizada por la Dirección General de Propaganda



EN la Biblioteca Nacional se ha inaugurado una Exposición conmemorativa de la Pasión del Señor. El acto estuvo presidido por el Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín; el Patriarca de las Indias Occidentales y Obispo de Madrid-Alcalá, Dr. Leopoldo Eijo Garay; el Director general de Propaganda, don Pedro Rocamora Valls; el Director general de Archivos y Bibliotecas, don Miguel Bordonau, y el Presidente del Patronato de la Biblioteca, don Luis Morales Oliver.

En dicho acto, el Director general de Propaganda pronunció las siguientes palabras:

DISCURSO DE DON PEDRO ROCAMORA

«Por segunda vez, en el plazo de pocos meses, la Biblioteca Nacional ofrece una Exposición bibliográfica sobre un motivo religioso. Si en el mes de diciembre fué el tema del Nacimiento del Redentor, ahora es el de la Pasión y la Muerte de Cristo.

Con ocasión de estos dos períodos del ciclo litúrgico y en la misma oportunidad en que la Iglesia los conmemora, la Biblioteca Nacional ha querido dar a conocer una muestra —por cierto casi mínima— del riquísimo caudal bibliográfico que conserva como el más codiciable tesoro.

Pero la Exposición no es sólo bibliográfica —es decir, de libros—. Aquí verán ustedes, además, grabados, cuadros y hasta esculturas.

Entre los libros, destacan, en primer término, los misales. De ellos, se exponen quince valiosos ejemplares, entresacados de la espléndida colección de libros litúrgicos que posee la Biblioteca, y de los que importa señalar el «Missale Abulense», magnífica impresión salmantina sobre vitela, con iniciales y orlas miniadas; el «Missale Chaldaicum», que vió la luz en la tipografía Medicea de Roma, muy curiosa muestra de las manifestaciones religiosas maronitas; el «Missale Segobiense», veneciano de 1500, en que vemos un original Calvario, en el que dos ángeles recogen la preciosa sangre de Jesús en cálices; el «Missale Oxomensis», de Diego de Córdoba (1561), lleno de esos vigorosos rasgos esenciales del arte hispánico que tanto contrasta con las obras de este mismo carácter francesas e italianas; las bellísimas miniaturas, en azul y rojo, de los Misales de París y de Worns, de 1572. En todos ellos, la misma fe se matiza con dibujos, oros y colores distintos, según las escuelas a que pertenecen.

En las demás vitrinas se exponen códices miniados, antifonarios o evangelarios que sirvieron para rezar al Cardenal Palavicino, a Cisneros o al Emperador Carlos V. Ahí están los Libros de Horas y los Salterios ante los que se humillaba y abatía, con la meditación de la muerte, la grandeza y el esplendor históricos de la vieja Monarquía española, pensando en la trágica transitoriedad de las glorias del mundo. Y es que la meditación de la muerte



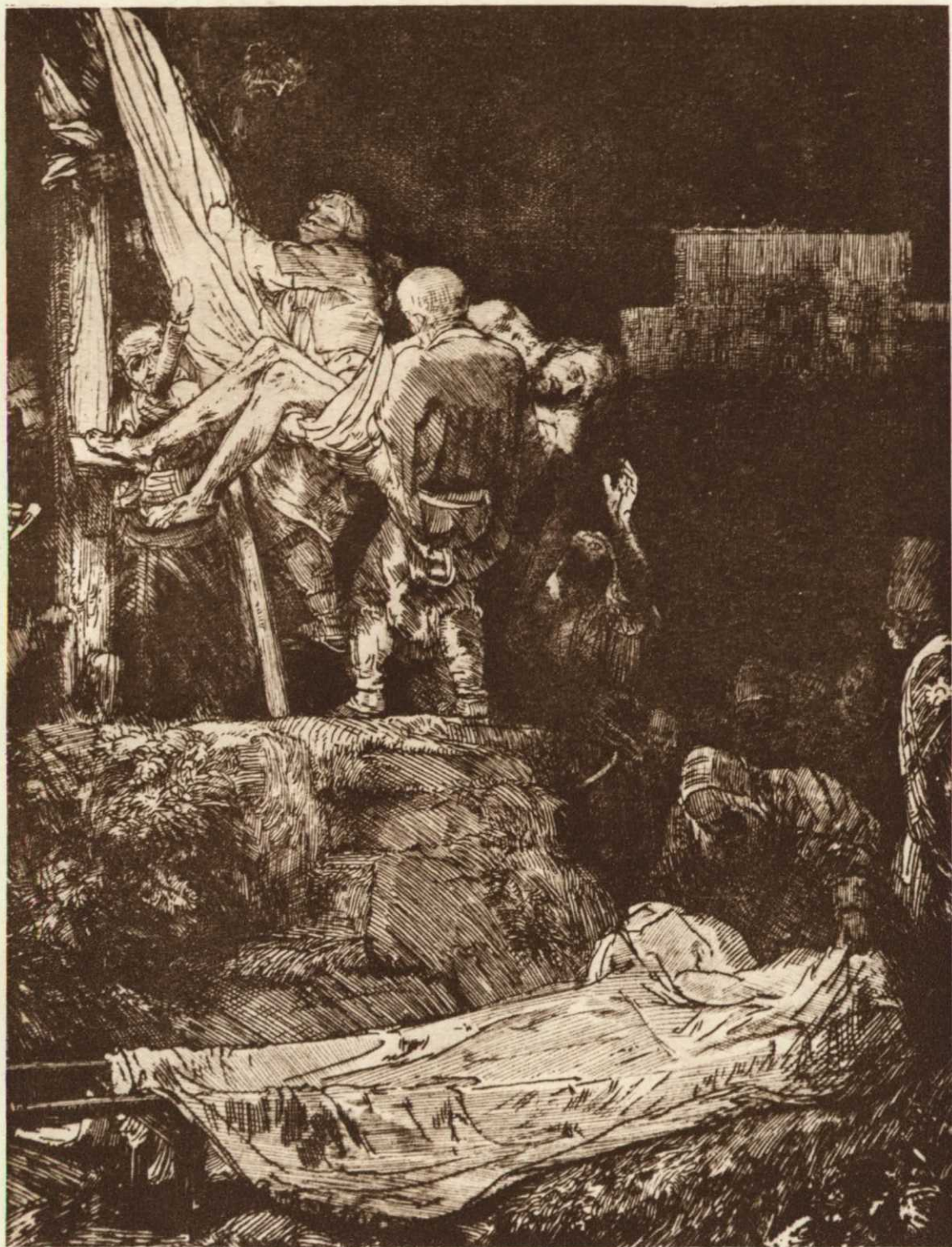
«EL PRENDIMIENTO»

Litografía de Nantelmi, según el cuadro de
Van Dick, existente en el Museo del Prado.



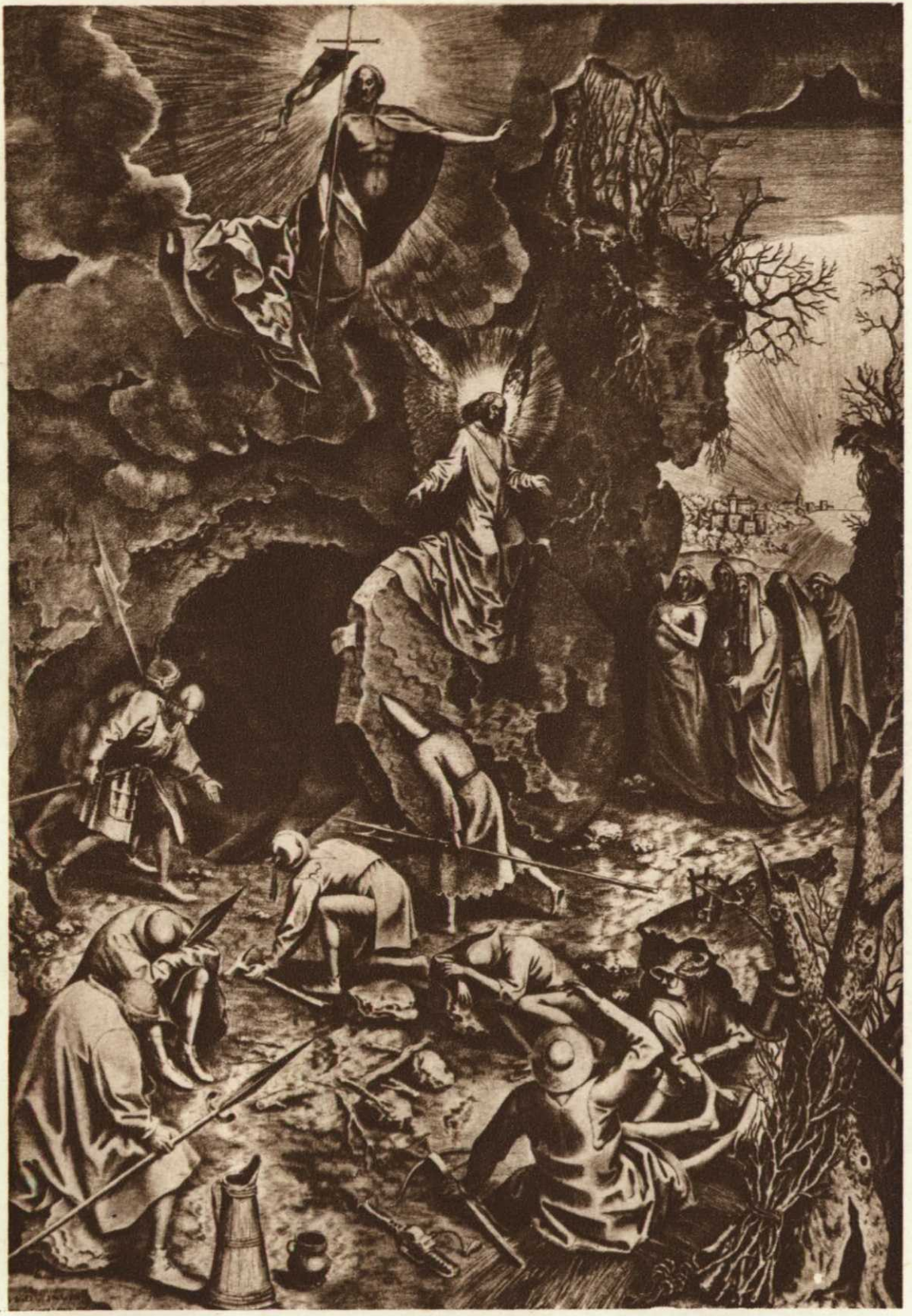
«CRISTO CAMINO DEL CALVARIO»

Grabado de P. Pontius según
un cuadro de Rubens (1632).



«EL DESCENDIMIENTO A LA LUZ DE
LA ANTORCHA»

Aguafuerte de Rembrandt (1654).



«LA RESURRECCION»

Grabado editado por Cock ; reproduce
un cuadro de Bruegel (s. XVI).

de Cristo es la mejor oportunidad para que todos, pobres y reyes, sientan como un latido entrañable el fugaz escaparse de la vida hacia la muerte, que ya refleja Calderón de la Barca en aquel Auto Sacramental que se llamaba precisamente *El Año Santo* :

*Todos somos peregrinos...
porque majestades, pompas,
cargos, oficios, trofeos,
dignidades, señoríos,
honras, estados, aumentos,
no son más que una ilusión,
un engaño, un devaneo,
vanidad de vanidades,
que el momento de un momento
nos lo convierte en cenizas,
humo, polvo, sombra y viento.*

Esto, por lo que se refiere a los libros. En cuanto a los grabados, figuran aquí obras de maestros alemanes y flamencos en una sucesión de bellísimas estampas, a través de las cuales se recorre todo el período litúrgico de la Pasión, comenzando con la entrada triunfal y luminosa de Jesús en Jerusalén, para pasar por las escenas eucarísticas de la Santa Cena y la Oración en el Huerto, para terminar después con la Crucifixión. En esta admirable colección de grabados, figuran los nombres de Lucas von Leyden, Goltzius y Rembrandt al lado de los de Martín Schonhauer, Durero o Van Dyck.

Completan esta iconografía de las escenas de la Pasión, unos bellísimos cuadros del Greco, en los que Jesús aparece con el rostro levantado hacia los cielos y llena de luz la mirada resplandeciente como encendida en un fuego sobrenatural. El Cristo del Greco, es un hombre cuyo reino no es de este mundo. Yo he

dicho alguna vez que, cuando el Greco pinta a Cristo en la Cruz, el cuerpo humano del Redentor, tiene tal ingravidez, tal levedad y transparencia, que en vez de parecer que está muriendo parece que está resucitando.

Y junto a estos Grecos dulces y admirables, un Goya trágico y terrible. Jamás en toda la historia del arte se haya podido pintar una Oración en el Huerto de mayor negrura apocalíptica que ésta, debida al pincel genial de Francisco de Goya. Se difunde por todo el cuadro un aire inaudito de terror. La actitud de Jesucristo de rodillas y en cruz, ante la figura medio borrosa del Angel que viene a confortarle en el trance lastimero de la Oración, nos recuerda la misma silueta de aquel paisano que, en los fusilamientos de la Moncloa, espera también, de rodillas y en cruz, la descarga de los fusileros.

La personalidad genial de Francisco de Goya ha pintado así un Cristo que yo me atrevería a calificar no sólo de españolísimo, sino, por sus características raciales e históricas, podríamos decir que es trágicamente madrileño.

Esta es la única nota sombría de toda esta amable y bellísima Exposición. Porque si alguna conclusión artística pudiera deducirse de ella, es la nota predominante de profunda piedad y dulzura con que miniaturistas, grabadores y pintores han sabido realizar toda esa copiosa y variadísima interpretación iconográfica del Misterio de la Pasión. Así, por ejemplo, en los misales, el cuerpo de Cristo aparece transparente de blancura. Blanco —como diría después uno de nuestros mejores escritores místicos— como un bello cisne que supiese cantar en la hora de la muerte la más dulce canción que jamás haya sonado por todos los confines de la tierra; aquella que logró resumir en siete frases admirables, el compendio teológico de la misericordia, del perdón y de la caridad.

Excepto en esa maravillosa talla de Juan Sánchez Barba, de

escuela clásicamente española, en que el Redentor aparece con el rostro levantado, en la mayor parte de las interpretaciones iconográficas que aquí se exhiben, el rostro de Jesús tiene una dulce inclinación que, en la mística española, se interpretó de la manera más consoladora para el penitente. Cristo en la Cruz —nos dice el Padre Alonso de Cabrera— tiene los brazos extendidos para recibirnos, las manos rotas para hacernos mercedes (manirroto de bienes celestiales le llamaría después un poeta), los pies enclavados para esperarnos y perseverar en nuestro amor, el pecho tiene abierto para darnos entrada en su corazón y la cabeza inclinada para decir perpetuamente sí a todas nuestras peticiones.

Por último, otra de las características singulares de esta interpretación artística de la Pasión del Señor está para mí polarizada entre un bello grabado que representa al Señor, ya Hombre, recibiendo de unos ángeles candorosos los atributos de la Pasión, y el de esa delicada escultura, atribuída a Pedro de Mena, que representa a Jesús, Niño, con una Cruz a cuestas. Es decir, que no sólo se repite en el arte y en la literatura el tema de una infancia de Jesucristo en la que cada instante son presentidos los dolores de la Pasión, sino que, cuando llega este momento, parece como si el espíritu del artista tratase de infantilizarse o empujarse para cubrir de ternura aquellas escenas en las que, por la índole del tema, no puede hurtarse un fondo de trágica realidad.

Así ocurre, por ejemplo, en nuestro Lope, cuando, al evocar su propia infancia, nos confiesa que amaba más entonces a Dios como Niño que como hombre:

Siendo niño, os contemplaba.

Niño, en brazos de María.

*Y en su divina alegría,
tiernamente me alegraba.*

Luego, Lope se sabe hombre pecador, y dice :

*Mas hombre, y hombre tan malo,
que ya no hay ley que no quiebre,
ya no os busco en el pesebre,
sino clavado en un palo.*

Vuelve otra vez el poeta a recordar la infancia de Jesús y continúa :

*Cuando vuestra Madre sale
con tal Agnus por joyel,
no hay rosa, lirio o clavel
que vuestra hermosura iguale.*

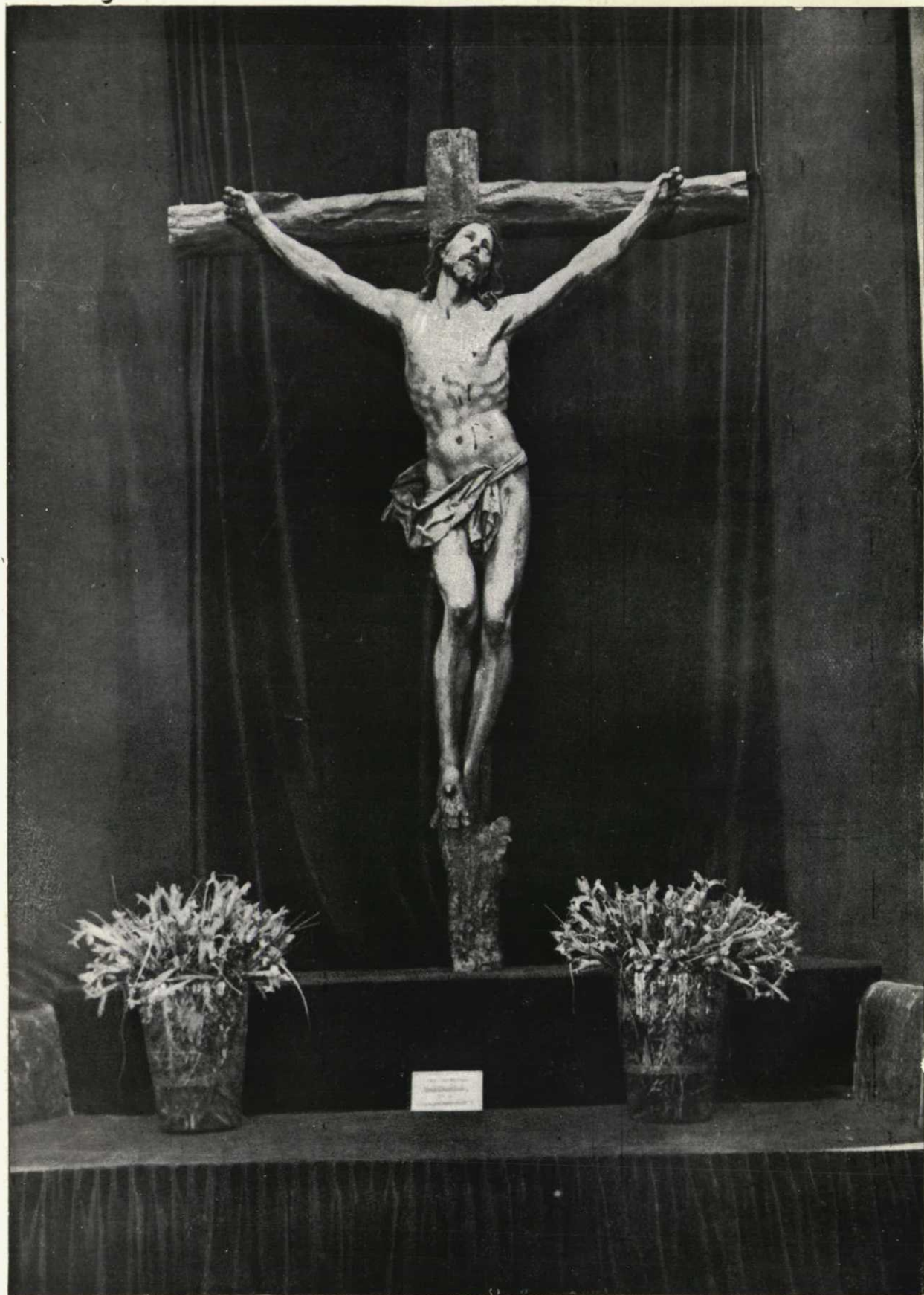
Pero siguiendo este ritmo comparativo, Lope de Vega retorna a la evocación del tema de la Cruz :

*Mas cuando Cristo amoroso
de la Cruz pendiente os ven,
como me hacéis mayor bien,
me parecéis más hermoso.*

Y esta es la conclusión a que yo aspiraba a llegar en estas palabras mías de hoy. Por muy insoslayable que sea el imperativo del realismo en todo el arte universal, Jesucristo ha aparecido, generalmente, adornado de la más delicada belleza, sobre todo en el momento trágico de expirar sobre una Cruz. En esta escena, se ha concentrado toda la delicadeza del arte como si pintores y escultores quisieran suavizar, transidos de piedad, las escenas cruentas de la Crucifixión.



Talla atribuída a Pedro de Mena, expuesta en la Exposición de la Biblioteca Nacional



Talla de Juan Sánchez Barba, que figuraba en la Exposición

El corazón de Cristo en la Cruz, es como una copa de cristal delgado y quebradizo. El arte y la literatura describen la escena tratando al Salvador con atenciones y cuidados de Niño. La mística vendría después a confirmar la razón solemne de esa ternura. Y así, cuando el maestro Alejo de Venegas, en su *Agonía y tránsito de la Muerte* quiere justificar el nombre de mujer y no de madre con que Jesucristo se despide de la Santísima Virgen, dice que si Jesús hubiera pronunciado el sólo nombre de Madre, aquello le bastaría para acabar El de expirar en la Cruz «y no convenía que muriese por pasión o congoja particular el que había de morir, universalmente, por todos los pecados del mundo».

Esta es, pues, señores, una Exposición llena de ternura como si los organizadores de ella hubieran querido subrayar que hora es ya de que se vuelva a este clasicismo de la delicadeza, en vez de deleitarse en ese modernismo lamentable de la truculencia.

Y nada más, señores. Con ese respeto, con ese pudoroso temor con que en las letras y en el arte se ha tratado siempre el tema solemne de la Muerte del Redentor, los organizadores de esta Exposición han sabido hacerla felizmente posible.

El mejor laurel del acierto que ella supone, corresponde al ilustre Director de esta Casa, don Luis Morales Oliver.

Yo sólo he puesto aquí el pórtico de estas pobres palabras de mi intervención, con las que he intentado ser —de tantas y tan asombrosas bellezas— el más pobre y humilde pregonero.»

Al terminar su discurso, el señor Rocamora fué calurosamente aplaudido y felicitado.



ACTIVIDAD LITERARIA EN EL ATENEO DE MADRID

EL Ateneo de Madrid ha continuado durante este curso su actividad intelectual, que cada día alcanza un más alto nivel. Las más destacadas figuras de la intelectualidad española han desfilado por su cátedra durante el presente año. Todo lo que en la vida cultural representa y significa algo en el orden de la inteligencia, tiene su adecuada resonancia en el ámbito de esta veterana Institución.

Ciclos sobre teatro, arte, humor, se han desarrollado estos últimos meses en aquella docta casa. Ultimamente, el tema españolísimo del toreo ha repercutido con ecos intelectuales en el marco del Ateneo matritense, logrando de este modo que, una fiesta popular, alcanzase una alta significación literaria. Huelga decir que todo ello se debe al celo con que el presidente del Ateneo, don Pedro Rocamora, está dirigiendo la vida espiritual de aquel Centro.

Recientemente, por el Ateneo han desfilado figuras de la intelectualidad internacional, singularmente destacadas en el campo de la literatura. Tal es el caso de la Condesa Marta de Fels, del aca-

démico francés Claude Farrere, del crítico Wladimir Weidle o del director de los «Ballet» ingleses, Mr. Arnold Haskel.

La conferencia de la Condesa de Fels tuvo notoria importancia, no sólo por la personalidad de la conferenciante, sino también porque fué precedida de unas palabras preliminares del Dr. Marañón, que nos complacemos en transcribir:

Palabras del Dr. Marañón:

«Brevísimas van a ser estas palabras, que, por encargo del Presidente del Ateneo y por cordial movimiento mío, han de servir de saludo a la Condesa de Fels.

Brevísimas, porque su historia de amante de todo lo que es digno de amarse, que es el mundo; porque su curiosidad y su competencia ante los espectáculos del arte; porque el renombre de sus conferencias, son conocidos de cuantos han venido a escucharlas.

Pero, brevísimas, sobre todo porque nada que no fuera leve, podía servir de preámbulo a esta conferencia suya, que tiene, como cuanto sale de su corazón y de sus labios, la gracia ligera de una flor.

Va a hablarnos la Condesa de Fels, de los jardines de Francia a través de los siglos. En realidad, esto equivale a hablarnos de la Historia de Francia. Porque Francia, que tiene su mundo insigne de poetas y de pensadores, de inventores y de hombres de ciencia, de grandes y preclaros artistas, tiene, además, sus jardines. Y estos jardines, son tantos y están tan llenos del alma francesa, que no sólo palpita Francia en cada uno, sino que, toda Francia, a los ojos del espectador absorto, no es otra cosa que un jardín.

Contar, pues, cómo son y cómo han sido los jardines franceses, es una crónica de vivir y del pasar del alma francesa.

Jardines hay en todas partes. Los hay en maravillosos esquemas, matemáticos, de apretadas flores, en Holanda. Los hay en Inglaterra, llenos de un calor íntimo, que parece una prolongación del hogar. Los hay en Oriente, ideados para lucir en la

magia de la noche profunda. Y en España, los hay maravillosos, recónditos e inesperados, llenos del necesario abandono para que pueda evocarse el recuerdo y la nostalgia de esa hora de pasión, que, aunque no lo sepamos, quedó allí, prendida entre los arrayanes.

Pero los jardines de Francia tienen un encanto que no se puede definir. No son escenarios de nada. Sino que son, ellos, protagonistas de muchas cosas. Tienen, en su sentido y en su historia, algo que palpita, con un aliento vivo, de deseo siempre cerca y no conseguido jamás; cuyo secreto, como el de tantos otros matices de la vida francesa, es, en suma, una mujer. Una mujer que ha pasado y que se presiente todavía, con esa realidad entrañable, que tienen, para los sentidos, los presentimientos.

Nada más normal ni más exacto, por consiguiente, que de esos jardines, llenos de palpitación y de gracia, que de esos jardines, donde la alegría de vivir se destila, que sabía medida, desde el alambique de una secular experiencia, nos hable la Condesa de Fels, que es una alegoría de la mujer francesa.

Cuando oigáis su voz —su voz admirable— hablando de los senderos y de las glorietas llenas de rosas, tendréis la ilusión plástica y viva del jardín francés, con algo que forma parte del jardín mismo, con el rumor de un paso femenino que se aleja y la visión de unas manos, que, al pasar, acarician, en su tallo, a una flor.

Yo saludo a esta mujer francesa, que vuela de unos climas a otros, empapada de esos aires del lejano mundo, que sabe recorrer con el paso, seguro y ligero que se aprende andando en los parterres.

En todas partes la acogen la admiración y el entusiasmo de cuantos la escuchan. Aquí, ahora, tiene otros homenajes que recoger: el de los españoles que han encontrado una hora de paz en su hogar maravilloso, y un gesto de amor y de ternura para todo lo que tiene un valor eterno en España.»

La Condesa de Fels y los Jardines de Francia

La Condesa de Fels comenzó estudiando en su conferencia los jardines de la Edad Media y del Renacimiento. Los más bellos de la Edad Media están en España, porque esta es una época esencialmente religiosa, y un pueblo con este espíritu sabe venerar todas las obras de Dios y llenarse su corazón de ternura frente a un paisaje cubierto de flores. Los jardines del Renacimiento son los de la sensualidad y los del amor, así como los anteriores eran los del misticismo. En el Renacimiento, los muros desaparecen; los castillos están jalonados de parques; la vida del arte italiano se comunica al jardín, en el que ya crecen flores con categoría de símbolo.

En el siglo XVII aparece el jardín como obra de la inteligencia, y la arquitectura es el arte director. Finalmente, aparece en el siglo XVIII el jardín de la sensibilidad; es el siglo en que el espíritu desea volver a la naturaleza. Entonces aparecen los jardines de los paisajistas. Los árboles recobran su libertad. Recordad en este sentido los paisajes que sirven de fondo religioso a los cuadros de Watteau.

La Condesa de Fels terminó evocando los jardines de París, sobre todo el de las Tullerías, que fué testigo trágico de la caída de Luis XVI en 1792, y que en 1871 la bella Emperatriz Eugenia de Montijo abandonaría con el alma traspasada de melancólico dolor.

Claude Farrere y el Cid

Con el título «*El Cid Campeador, símbolo de heroísmo*», dió el día 25 de marzo el escritor y Académico francés, Claude Farrere, una conferencia en el Ateneo de Madrid.

Hizo la presentación del orador el Académico de la española, don Eugenio Montes.

El Sr. Farrere comenzó diciendo que no era del Cid histórico del que quiere hablar, sino del Cid de la leyenda, que es tan conocido o más que la misma historia.

Hace referencia al viejo Diego Laínez; habla de la muerte

del Conde Gomar y de la boda del Cid con su hija, así como de las mocedades, refiriéndose a la tragedia del Cid representada en París en 1636 ante la Corte de Luis XIII y del Cardenal Richelieu; comenta las figuras de Jimena y el Cid, que constituyen un inmenso entusiasmo en el mundo entero. Exalta el heroísmo de las dos figuras de la mujer que ama, su ideal y su honor, y del hombre y del héroe por su Patria y su dama. Hace un paralelo literario de los dos amores, comparándolos con los de Cyrano de Bergerac, de Rostand, que el conferenciante vió representar en el idioma japonés en uno de los más grandes teatros de la capital japonesa.

Es esta leyenda del Cid, un símbolo de la exaltación del patriotismo que no solamente es nacional sino humano. Prueba de ello es que los mismos franceses del siglo XVII, que en tiempos anteriores estuvieron en pugna con España, aplauden la tragedia de Corneille y refleja que, a pesar de la diferencia entre españoles y franceses, éstos no dejan de reconocer y aplaudir las cualidades y esencias peculiarísimas de nuestro temperamento y carácter, de valor inigualable y capaces, al mismo tiempo, de todas las delicadezas y de todas las nobles pasiones.

Terminó glosando las palabras de Bossuet sobre la Infantería española, que es el símbolo del mejor heroísmo militar de un pueblo. Los heroicos soldados de España, con los que alcanzaron la victoria de Verdún, formarían la alianza más invencible. Si no hubiera sido por la triste aventura napoleónica —dijo M. Farre—, entre Francia y España siempre hubiera habido una paz fecunda. Después de subrayar las virtudes del Ejército español, terminó haciendo votos por una recíproca comprensión de los dos pueblos.

Toros en el Ateneo de Madrid

El ilustre académico José María de Cossío, ha inaugurado un curso de conferencias sobre toros, que darán diversas personalidades del mundo de las letras y de la tauromaquia sobre este tema en el Ateneo.

El tema de la conferencia de Cossío fué: «*Cómo se hizo la fiesta*». Al justificar la hostilidad de los ambientes intelectuales de primeros de siglo, dijo el Sr. Cossío, se hace forzoso recordar la larga y ancestral hostilidad que han remontado ya los toros. Por puntos de moral, en los siglos XVI y XVII; por razones de tipo económico o agrario, en el XVIII; por alegaciones de tipo espiritual y sentimental, en el XIX; por desviaciones intelectualistas, un momento más tarde. Cossío expone bellamente —con densidad y concreción— todo ese tema, que tiene trillado en sus monografías. Y una vez esbozada de esta forma esa pugna y la sorprendente pervivencia de los toros, impregnados de popular vitalidad; una vez admitidos los toros como fenómeno español ineludible, se dedica al examen de su razón de ser y de sus principales esencias.

Sobre atavismos de tipo también religioso, se añaden en los orígenes razones de orden natural, como la existencia del toro bravo y la necesidad de su caza y pastoreo. Este se hace a pie en el norte, a caballo en el sur, y aquélla, siempre por medio de una técnica elemental, que es el origen de las suertes. El ancestral tореo a pie, lo prueban documentalmente en la Edad Media ya el poema de Fernán González y los escritos del Rey Sabio. Los caballeros —protectores tradicionales del pueblo— entran luego en la Fiesta (tesis nueva) por misión y afición, y ya en el XVI alancean a la brida. El XVII marca la jineta, y con ella el esplendor del rejoneo. El XVIII vuelve a ser del pueblo, por razones políticas y de equitación también —vuelta a la brida—, y el XIX, finalmente, es el gran tiempo de las corridas tal como hoy.

Todas esas estampas han ido brotando acabadísimas en la disertación del conferenciante, La gente oye en silencio. Se sisean las toses de los catarrosos. Y la atención se afina aún más en este último período.

Es realmente preciosa la escala de aportaciones que Cossío va marcando en esa última etapa. Desde la nota clásica y gimnástica de los primitivos lidiadores navarros, hasta las tres aportaciones andaluzas, decisivas: la gracia, la elegancia y la estética: Costilla-



res, Lagartijo, Belmonte, con todos sus eslabones y satélites. Con la afirmación final —final, porque lo es para la charla, y por su valor de eje para la técnica del arte del toreo—, sobre las tres figuras cumbres que califica de diestros ecléticos: Paquiro, Guerrita y José.

Cuando Cossío acaba, el público aplaude muy fuerte. Casi como en los toros. Nosotros estamos, también, muy contentos. Habíamos pensado muchas veces en una cosa así. ¿Por qué no iba a ser esto de hablar en serio de los toros? Toros en el Ateneo. Lo ha sido hoy. Y lo será seis veces —igual que seis toros, corrida completa—. Con otros cinco días más, con otras cinco firmas grandes, después de este magnífico Cossío, primer espada del cartel —por su derecho propio— y director altísimo de lidia.

Inaugurado así el ciclo sobre el toreo, en días sucesivos ocuparon la tribuna el poeta Gerardo Diego, que se ocupó del tema *La suerte o la muerte*; el escritor y dibujante Ricardo García «K. Hito», sobre *El toreo entre las bellas artes*; el ganadero don Antonio Pérez Tabernero, sobre *Los ganaderos (ni tan malos los de antes ni tan buenos los de ahora)*; el torero Domingo Ortega, sobre las *Artes clásicas del toreo*, y, por último, el crítico Antonio Díaz Cañabate, sobre el *Planeta de los toros*.

El éxito de este ciclo ha sido rotundo, y en él ha destacado el tono altamente intelectual con que un tema, tan popular como este del toreo, ha sido tratado por los diversos conferenciantes.



CONMEMORACION DE LA FIESTA DEL LIBRO

CON ocasión de la conmemoración de la muerte de Cervantes y de la Fiesta del Libro, el director general de Propaganda, don Pedro Rocamora, en representación del ministro de Educación Nacional, inauguró en el Ateneo la exposición organizada por el Instituto Nacional del Libro Español, de los 50 libros mejor impresos que fueron premiados en los sucesivos concursos celebrados en el pasado año. La exposición, instalada con sencillez y buen gusto, ocupa la galería de retratos de la docta casa.

Además del director general de Propaganda, asistieron al acto el director del Instituto Nacional del Libro y jefe del Sindicato Nacional de Prensa y Artes Gráficas, don Julián Pemartín; don Miguel Herrero, jefe de la Sección de Ordenación Bibliográfica del Instituto; don Adriano del Valle, jefe de la Sección de Política Cultural del mismo; Junta del Ateneo y otras personalidades, así como numerosos socios y público.

Don Miguel Herrero leyó unas cuartillas para poner de relieve el valor de la selección de los libros expuestos, brillantemente impresos. Destacó cómo el libro viene a condensar la potencia civilizadora de la gente que lo saca a luz. «Por eso —dijo—, ante el cúmulo de interrogantes y de perplejidades que la hora actual nos presenta, podemos aquietar nuestro espíritu mirando estos libros, exponente del valor nacional, y decirnos interiormente con sincera convicción: ésta es España».

Declara luego que no pretende el Instituto Nacional del Libro encerrar en el presente marco todas las pruebas que la industria editorial realizara en el pasado año. La industria del libro en España es hoy una magnífica realidad, a pesar de las dificultades enormes que implica una maquinaria anticuada y materialmente vieja. Ahora mismo, editores norteamericanos acaban de establecer en Barcelona una editorial, y reconocen que nuestro huecograbado, nuestro «offset» y nuestra litografía obtienen efectos tan limpios y bellos como los mejores del extranjero. «Esto nos hace pensar —siguió diciendo— qué libros produciría España si la industria editorial contase con los modernos medios que hoy poseen otros países de más próspera economía.»

Por último, en cuanto a los libros de lujo, dijo que allí estaban también libros modestos, de precio barato, premiados idénticamente que los libros caros.

El señor Herrero fué muy aplaudido por la numerosa concurrencia. A continuación, don Pedro Rocamora y acompañantes recorrieron la Exposición y examinaron detenidamente muchos de los magníficos ejemplares expuestos.


También con motivo de la Fiesta del Libro el Ministerio de Educación Nacional concederá un premio de 500 pesetas para un artículo periodístico sobre el tema *La biblioteca y el pueblo*, que se haya publicado en cualquier periódico de España; cinco premios, de 700 pesetas cada uno, para las cinco bibliotecas públicas municipales que más hayan destacado durante el año 1949 en su labor bibliotecaria; otros cinco, de igual cantidad, para los encargados de las bibliotecas galardonadas, y diez premios, de 250 pe-

setas cada uno, para los diez lectores de esta clase de bibliotecas que durante el pasado año hayan asistido a ellas con más frecuencia.

Independientemente de los premios establecidos, los directores y encargados de bibliotecas públicas del Servicio Nacional de Lectura, concederán un libro como premio al lector que más se haya distinguido en el buen uso de la biblioteca.



HECHOS



BELAUNDE, DOCTOR
«HONORIS CAUSA»
DE LA FACULTAD DE
CIENCIAS POLITICAS

EN el paraninfo de la Universidad Central se celebró un solemnísimó acto con motivo de la investidura de doctor *honoris causa* de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid al embajador y delegado del Perú en la O. N. U., don Víctor Andrés Belaúnde, vicerrector de la Universidad Católica de Lima. Presidió el acto el ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín, a quien acompañaban en la presidencia los decanos de todas las Facultades de la Universidad madrileña. Asistieron también los ministros de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo, y de Obras Públicas, señor Fernández-Ladreda; el nuncio de Su Santidad, monseñor Cicognani; el patriarca de las Indias Occidentales y obispo de Madrid-Alcalá, doctor Eijo Garay, y los embajadores de Portugal y Bolivia.

Actos académicos

El paraninfo, que se encontraba adornado con banderas del Perú y de España, estaba totalmente ocupado por estudiantes. El

ministro de Educación Nacional abrió el acto, y seguidamente el secretario de la Facultad leyó el Decreto de concesión del grado de doctor *honoris causa* al señor Belaúnde. Acto seguido, el nuevo doctor entró en el paraninfo acompañado del catedrático más joven, señor Castañedo, y del más viejo, señor Royo Villanova. El numeroso público acogió la presencia del señor Belaúnde con una prolongada ovación. El ministro de Educación Nacional invitó al señor Belaúnde, que vestía de frac y llevaba la banda de la Orden de Isabel la Católica, a sentarse a su derecha. Seguidamente, tres señoritas, doctores de la Facultad, ofrecieron al nuevo doctor la toga y la muceta, con las que fué revestido por el decano de la Facultad, don Luis de Sosa.

A continuación, éste pronunció un discurso, en el que hizo el resumen de la obra y méritos académicos y políticos del señor Belaúnde. Después hizo uso de la palabra el rector de la Universidad Central, don Pío Zabala, que en nombre de Su Excelencia el Jefe del Estado impuso al señor Belaúnde los atributos del grado de doctor, o sea el birrete, el libro de la ciencia, el anillo y la medalla doctorales y los guantes. Terminó abrazando estrechamente en nombre de todo el claustro al nuevo doctor en medio de los aplausos del público que llenaba el paraninfo.

Discurso del Doctor Belaúnde

El doctor Belaúnde subió al púlpito, desde el que pronunció una magistral lección de Derecho y Humanidades, cantando a España y a América y expresando su confianza en que ha de llegar al mundo la hora en que la comunidad de los países de habla hispánica pongan su influjo en favor de la gran tradición del pensamiento político cristiano.

Señala cómo nunca han estado más unidos los destinos de España y de Hispanoamérica, que frente a los problemas del mundo, y cómo en el marco universal se dibujan dos solidaridades: la atlántica y la americana, que no se juntarán mientras uniendo esas dos solidaridades no se encuentre el alma de los dos grandes pue-

blos, España y Portugal, gloriosa y viviente encarnación de la vinculación estrecha entre Europa y América.

Termina con un brillante párrafo designando al Atlántico como el *Mare Nostrum* de la comunidad hispánica, y en ésta, con su papel insuperable, la comunidad española, cuyas tradiciones, enraizadas en Europa, florecen en la América que España descubrió con su fe y asimiló y pobló con su sangre.

El señor Belaúnde, que fué muy aplaudido durante su disertación, escuchó al final una gran ovación.

Por último, los ministros y demás personalidades, así como los catedráticos de las distintas Facultades, felicitaron al nuevo doctor de la Universidad de Madrid.



MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO, ACADEMICO DE LA ESPAÑOLA

EL ilustre escritor don Melchor Fernández Almagro, académico de la Historia, ha sido elegido ahora académico de la Española. Escritor cultísimo, su producción intelectual es de extraordinario relieve: *Vida y obra de Angel Ganivet*, *Orígenes del régimen constitucional en España*, *Historia del reinado de Alfonso XIII*, *Vida y literatura de Valle-Inclán*, *La emancipación de América y su reflejo en la conciencia española*, *En torno al 98*, *Política naval de la España moderna* y una labor de crítica literaria, sostenida desde hace muchos años en los periódicos más importantes y en la cual, como no es un crítico escéptico, se recrea en destacar el valor de cada obra que juzga. Sus críticas son esencialmente positivas. Ensayos felices que hay que tener en cuenta.

Melchor Fernández Almagro no cultiva la Historia como profesión técnica. Hombre de incansable lectura, no busca datos, sino emociones. Su sensibilidad se impone. Su poder de creación no se empantana en la erudición. En toda su obra hace gala de un estilo correcto y ameno y acierta siempre en el juicio acerca de la signi-

ficación histórica del personaje de la época que estudia. Así como el maestro «Azorín» vela con toda sinceridad su erudición en la transparencia de su alma y en la elegancia y originalidad de su estilo, Fernández Almagro la cubre con una perfecta y robusta unidad de pensamiento; la anima con una holgura de visión franca y certera; le da vigencia por un poder agudo de observación. No se recrea en esculpir un personaje, sino es para ensamblarlo en el alto o bajo relieve de su tiempo. Fernández Almagro sigue las normas de la escuela crítica-histórica-literaria del siglo XIX, que tuvo su predecesor en Lista, y que tan brillantemente se inauguró con los trabajos memorables de Amador de los Ríos.

Una de las obras que acusan la capacidad de percepción histórica, política y literaria del ilustre académico es su *Vida y obra de Angel Ganivet*, hombre de la individualidad más rica, intensa y original que puede darse; porque a un gran sentimiento del propio ser personal añadía un caudal insuperable de emociones. Fernández Almagro ha sabido ver en la obra de su paisano el problema del pesimismo y del optimismo, el más trascendental para la ética española. Escritor de actividad ordenada y perseverante, el ilustre historiador tiene ya en prensa una obra nueva, que se espera con justificado interés: *Cánovas del Castillo. Su vida privada y su vida íntima*.

Como en la Academia de la Historia, la labor de Fernández Almagro en la Española será eficacísima y bien apreciada.



EL NUEVO COLEGIO MAYOR HISPANOAMERICANO «HERNAN CORTES» EN SALAMANCA

Fué inaugurado el día de Santo Tomás por los ministros de Educación y de Asuntos Exteriores

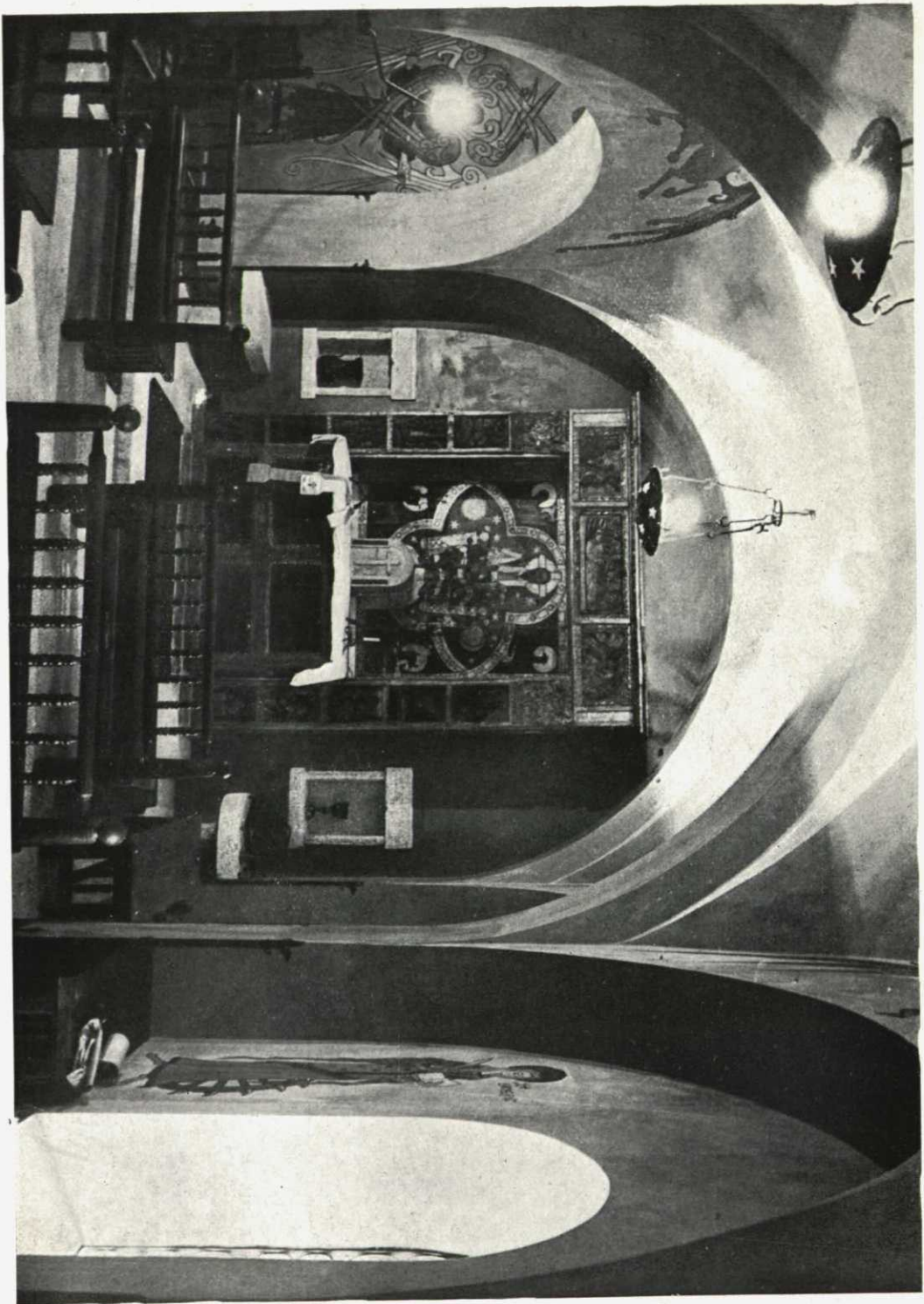
Cuenta con cinco pisos y puede albergar a 80 alumnos y 10 profesores en régimen de internado

EN el día de Santo Tomás de Aquino, Patrono de los Estudiantes, quedó este año inaugurado el Colegio Mayor Hispanoamericano «Hernán Cortés». Al acto, que revistió extraordinaria solemnidad, asistieron los Ministros de Educación Nacional y de Asuntos Exteriores; embajadores del Perú, Mariscal Ureta, y de Bolivia, doctor Herzog; Encargados de Negocios de El Salvador, Cuba y Uruguay; Director del Instituto de Cultura Hispánica y Autoridades y personalidades salmantinas.

En el acto académico, celebrado en el paraninfo universitario, para conmemorar la festividad del día, el Obispo de la diócesis tomó juramento al Rector del nuevo Colegio, don José Beltrán de Heredia, quien, a su vez, tomó juramento a los directivos, profesores y alumnos del Centro.



SALAMANCA.—Fachada del Colegio Mayor Hispano Americano «Hernán Cortés»



SALAMANCA.—Capilla del Colegio Mayor Hispano Americano «Hernán Cortés»



SALAMANCA.—Comedor del Colegio Mayor Hispano Americano «Hernán Cortés»



SALAMANCA.—Colegio Mayor Hispano Americano «Hernán Cortés». Sala de estar

Discurso del Ministro de Educación Nacional

En el mismo acto, el Ministro de Educación Nacional pronunció un importante discurso.

Comenzó el Sr. Ibáñez Martín diciendo que si tuviera que matizar las características de los actos a que había asistido en el día de hoy, diría que representan, en primer lugar la consolidación de lo que la Historia nos ha legado de bueno: el respeto a una tradición docente que Salamanca sabe representar con la máxima jerarquía y dignidad, como corresponde a la primera de las Universidades de España.

Hemos, pues, sabido ser dignos de nuestra historia; recogido la tradición viva que emana en torno a nosotros y a nuestras actividades culturales, y España, en este camino glorioso iniciado por Franco, sabe mirar, llena de ilusión, con homenaje fervoroso, a todo lo que representa la historia de España, aquellos momentos que, por ser universales, son los mejores de nuestra historia.

Amar la tradición es condición de todo pueblo que hace afirmación de su propia sustancia, de su propio ser, de su pretérito. Pero eso no es nada si este pueblo, además, no tiene prisa creadora, ¡prisa creadora!

Franco ha representado el rompimiento con todo lo que de malo tenía la tradición paralizante e inactiva de la vida española y ha abierto de nuevo el camino glorioso de España. Y hace la afirmación en todos sus discursos, y la hace el Gobierno en todas sus disposiciones legislativas, de que es preciso que España sea lo que corresponde a su ser actual, a su categoría histórica. Para ello se abre dentro de la vida española un nuevo renacer, renacer que tiene que ser primero espiritual y mental y dentro de lo espiritual religioso; porque sin la influencia de la Iglesia y sin el poder de una moral rígida y fuerte, para nada serviría el renacer español. Pero, al mismo tiempo, renacimiento material, renacimiento que permita se cumplan los principios de justicia social, que son los que inspiran, fundamentalmente, la vida española.

Y así la justicia social, esa ambición creadora propia de esta hora, viene a estar representada por la creación de este Colegio Mayor «Hernán Cortés». De ese Hernán Cortés que pasea por Salamanca sus catorce años, llena su mente y su alma de grandes ilusiones, con la vocación histórica de aquellas grandes figuras españolas que saben romper los caminos de la historia universal y con sus esfuerzos hacer surgir nuevos pueblos como ese país mejicano fuerte por la ingente complicación de su orografía y por la fortaleza de su alma, en donde —pensad vosotros conmigo llenos de emoción, que pocos días antes de que nosotros abriéramos las puertas del Colegio Mayor «Hernán Cortés», debido a la generosidad y el cariño de nuestro Ministro de Asuntos Exteriores, ejecutado por su Instituto de Cultura Hispánica— un español de los de primera categoría ofrenda su vida por esa misma gloria de España. Y es que la sangre de España (Una ovación interrumpe al ministro.), y es que los caminos de España van por el rastro de la sangre, derramada por los mejores de los nuestros, porque todo aquello que el hombre más puede dar por un ideal espiritual y material es su propia vida. Y eso ha hecho José Gallostra Coello de Portugal, en la vanguardia de los mejores españoles. Ha encontrado la muerte, víctima de la más innoble criminalidad extranjera. Pero que nadie piense que por ello España va a desviar su camino. Seguirá implacable, cumpliendo sus deberes nacionales e internacionales, que son irrenunciables. Porque hoy España encontró lo que en tantos siglos no había podido conseguir: un Caudillo que tiene mente clara, que sabe dónde debemos ir y que lleva a los españoles por el auténtico camino.

Terminó el Ministro de Educación Nacional haciendo una exhortación al espíritu fraterno, que sólo puede venir del sentimiento cristiano, en medio de este mundo entenebrecido y lleno de turbaciones. Puso fin a su discurso con vivas a España, a Franco y a la Universidad de Salamanca.

Características del nuevo Colegio

El nuevo Colegio está enclavado en la calle de España. Cuenta con cinco plantas. La baja, con soportales semejantes a los existentes en la plaza Mayor, y en ella se hallan el vestíbulo, la conserjería y la capilla, de estilo góticobizantino, con pinturas murales y un retablo magnífico, todo ello debido al decorador señor Moreno de Cola, a cuyo cargo ha corrido también la confección del proyecto de instalación del Colegio y la dirección de estas obras. Las pinturas murales de la capilla son de Ignacio Gárate, granadino. También existe en la planta baja una gran sala de estar para los alumnos, de estilo muy moderno, con un bar americano de líneas modernísimas. En la primera planta se encuentran el comedor, de estilo renacimiento, con amplias mesas de castaño oscuro y lámparas y apliques de hierro forjado finamente estilizados; la biblioteca, con una gran mesa central y sillones amplios y cómodos, y seis habitaciones dedicadas a los huéspedes ilustres del Colegio, tales como embajadores hispanoamericanos, conferenciantes, profesores, etc. La segunda planta está dedicada exclusivamente a los profesores, con habitaciones independientes magníficamente dotadas y montadas y compuestas de dormitorio, mesa de estudio, armario empotrado y cuarto de baño independiente. En esta planta existe también una gran sala de profesores, amueblada magníficamente y con una gran terraza, en la que se instalará un pequeño jardín con balancines veraniegos. Los restantes pisos del edificio están dedicados a los alumnos, con habitaciones individuales, amueblados y adornados con el mismo estilo que las de los profesores.

El nuevo edificio puede considerarse como modelo de los existentes en España, y cubrirá todas las necesidades de los estudiantes hispanoamericanos que deseen acudir a la Universidad Literaria de Salamanca para cursar sus estudios. Tendrá capacidad para 80 alumnos, pero este año se cubrirán tan sólo 40 plazas, además de los diez profesores, que vivirán en régimen de internado.

LA EXPOSICION DE FERNANDO ALBERTI

La Dirección General de Propaganda, atenta siempre a todo lo que signifique tutela de jóvenes valores intelectuales o mecenazgo de aquellos a quienes el curso inexorable del tiempo haya podido sumir en el olvido, ha querido patrocinar una Exposición de la obra pictórica del artista Fernando Alberti, que, al tiempo de estar expuestos sus cuadros en una importante sala de Madrid, cumplía los ochenta años.

La Dirección General de Bellas Artes, de acuerdo con la de Propaganda, tuteló aquel homenaje a la figura del anciano pintor. Homenaje que ha resultado tristemente póstumo, ya que pocos días después de clausurarse la Exposición fallecía el pintor Alberti Barceló.

Hoy traemos a nuestras páginas una glosa emocionada y respetuosa de aquella obra pictórica, y rendimos, con ello, el tributo de un emocionado recuerdo a la ilustre figura de tan honrado artista.

AL situarse el visitante de exposiciones ante los cuadros de Fernando Alberti —el visitante, no el crítico que tiene la obligación de conocer la vida y la obra de este pintor—, experimenta una grata sorpresa, que le entona para la revisión de todos sus lienzos. Es la sorpresa que le produce verse colocado ante un mundo gozoso, amable y alegre, que nada tiene que ver con el que actualmente vivimos: hostil, arisco y antipático.

Fernando Alberti, con su pintura —creemos también que con

su vida, pues una de las facetas más acentuadas de su arte nos parece la de la sinceridad— nos retrotrae a un próximo pasado pictórico que, sin embargo, y en virtud del *simún* de los movimientos vanguardistas y del asentamiento pasajero de los «ismos», se nos antoja remoto a los que hemos nacido al mundo del arte después del año 1930. No obstante, de él tenemos la impresión más directa que puede percibir el hombre: la recibida en la infancia. Y, sin duda alguna, fueron las reproducciones de cuadros de Fernando Alberti las que primeramente nos dieron noticia de la existencia de la pintura. Una noticia viva, junto al tacto —los cuadros colgados en las casas no existen para el niño como tales—, al permitirnos hojear, como premio a un buen comportamiento o para acalmar nuestra impertinente travesura infantil, los tomos bien encuadrados de la colección de *Blanco y Negro* y *La Esfera*, que se guardaban en la parte baja de la librería del abuelo.

Fué entonces cuando trabamos conocimiento y amistad con la pintura de Fernando Alberti, recastada en gracia litográfica. Allí estaban esas escenas pintorescas, cuajadas de simpático anecdotismo, como dándole eternidad plástica a todo el censo de personajes que Arniches y los saineteros —ya más literaturizados, sin la simple naturalidad con que los da Alberti— ponían en pie de acción sobre los escenarios de su tiempo. Allí ese constante canto a la juventud, a una juventud alegre y bulliciosa, contenta de su quehacer, donde se entremezcla el artesano con el estudiante y la modistilla y el aprendiz de literato o de pintor, que de lo primero que se ocupó fué de colocarse la chalina vaporosa; y todos en actitudes rientes, denotando un contento de vivir que se advierte es el contento de vivir de Fernando Alberti, del pintor pleno de bondad y nobleza, que se entrega a la pintura con la alegría de quien se entrega a un sacerdocio. Un mundo este de Alberti, un costumbrismo el recogido en sus lienzos, tan plenos de gozo, tan alegres, que se nos antojan los más extraños a nuestro mundo de hoy, por muy cercanos que en el tiempo estén.

Pero esta referencia al anciano pintor, esta revisión de su obra

y su vida, debemos hacerla más ordenadamente, comenzando por situarle en el tiempo y en las corrientes pictóricas y estéticas de su tiempo, pues de ahí, tal vez, nos llegue la clave de su pintura, ya que Fernando Alberti ha permanecido fiel a su ayer, sin dejarse arrastrar por modas, ni por los modos que le han seguido. Es ésta, junto a la de la sinceridad que antes apuntábamos, otra de las cualidades más acusadas en este artista.

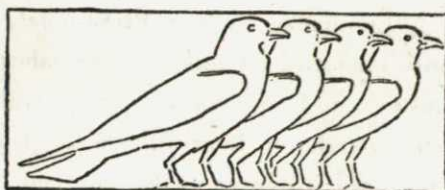
Coincide Fernando Alberti, en el tiempo, con toda esa pléyade genial que en el mundo del arte y las letras ha sido designada como «generación del 98». Es decir, que Alberti se educa y se forma en los finales del siglo pasado, pero permanece al margen del *humor* que puede ser tomado como constante, o como punto de coincidencia, de todos los hombres del 98. En Fernando Alberti, ya lo hemos dicho, no prende la amargura de sus contemporáneos, ni se siente invadido por la sátira hiriente, para fustigar vicios de las gentes de su tiempo. Su alma, todo bondad y amabilidad, todo contento de vivir, se posa en las costumbres y en la despreocupación del pueblo madrileño, que tiene ante los ojos y en ello no ve motivos de crítica, sino de canto. Y así, cantando, en lo permanente, van sus pinceles plasmando en el lienzo, de una manera amplia, descriptiva, tratando todo ello en gran escala, como si para él fuera lo más fácil esa su valentía para afrontar el tamaño natural de las figuras, en composición compacta, cual si el pintor se hubiese convertido en fotógrafo y se hubieran agrupado desordenadamente, con el afán de salir en la placa.

Más tarde —seguramente empujado por el envenenamiento del costumbrismo, que ha perdido la risa— Fernando Alberti huye de la ciudad, para refugiar su pintura en el campo. Va, no a ponerle puertas, sino a abrírselas más amplias; sabe que, a mayor extensión campestre, es también mayor la sensación de paz que se experimenta. Y ya que el hombre en la ciudad se ha amargado, el artista no quiere recogerlo, plasmarlo, en el rictus de la amargura. Por eso, apenas si la anécdota —antes fiel y norte de su pintura— nos aparece en un personaje que se diluye en la amplitud campesina.

El hombre, o la mujer campesinos, ya no ríen, pero muestran la paz del campo en sus rostros.

Es la paz que el alma bondadosa de este hombre bueno, que es Fernando Alberti, querría para los hombres que él ha eternizado con sus pinceles, si es que la vida les ha robado la risa y la alegría.

EUGENIO MEDIANO.



LOS NUEVOS INSTITUTOS LABORALES, CREACION PREDILECTA DEL REGIMEN

EL 16 de julio de 1949 sancionaban las Cortes de España la Ley de Enseñanza Media y Profesional, que daba cauce legal a la brillante iniciativa de los institutos laborales. Desde entonces acá el Ministerio de Educación ha seguido trabajando sin descanso por poner en marcha el desarrollo de los principios contenidos en aquella ley para instaurar en España con toda dignidad y eficacia el nuevo orden docente que propugnaba.

Un índice legislativo ayuda, mejor que cualquier otra glosa, a demostrar la tenaz labor llevada a cabo por los organismos competentes en el cumplimiento del citado propósito.

El 16 de julio, repetimos, quedaba aprobada la ley. El 19 del mismo mes se constituía el Patronato Nacional, en el que se integraban las representaciones de los distintos Ministerios, Corporaciones y entidades públicas y privadas que habían de intervenir en la vida de estos centros, encargados de estudiar el despliegue legislativo y orgánico de los principios en ella contenidos. Este Patronato elaboró su propio Reglamento, que quedó en vigor por Orden ministerial de 20 de diciembre de 1949. Antes había dado cima a la propuesta correspondiente sobre creación y distribución

de los centros laborales en España, cuya forma definitiva se plasmó en el Decreto de 23 del mismo mes y año. Todas estas disposiciones legales, previstas en las bases transitorias de la Ley de 16 de julio de 1949, se habían llevado a cabo con holgura, que no impidió su estudio más concienzudo en los plazos más perentorios.

Aprobado el Decreto que se cita en último lugar, se abrió una información nacional —a través de los Presidentes de Diputación—, que durante los tres primeros meses del año 1950 ha ido acoplando datos para conocer los deseos de creación o reconocimiento de institutos laborales en todas las provincias de España. A través de los datos llegados al Ministerio de Educación, ha podido comprobarse la amplia acogida que la iniciativa de los institutos laborales ha tenido en todas las regiones del país.

Hay que resaltar el enorme entusiasmo con que un buen número de poblaciones españolas ha acogido la idea de los institutos laborales. Prueba evidente de esta afirmación es la cantidad y calidad de los ofrecimientos recibidos para la instalación y dotación de los futuros centros de Enseñanza Media y Profesional, oferta concretada, según los casos, en cesión de edificios, en donación de campos de experimentación, en viviendas para el profesorado, en subvenciones económicas, en aportaciones de material escolar y en otros medios de colaboración. El Ministerio de Educación se ha visto gratamente sorprendido por una pugna nobilísima de ofrecimientos y aportaciones, en la que rivalizan los Municipios —auxiliados a veces por las Diputaciones— y las entidades económicas y sindicales locales, que han querido significar de esta forma su más decidida adhesión a esta personal iniciativa del Caudillo.

El Consejo de Ministros celebrado el 24 de marzo último aprobaba, además, sendos Decretos por los que se regulaban con todo detalle los planes de estudio de los distintos tipos de bachillerato —agrícola y pecuario, industrial y minero, marítimo y de profesiones femeninas— y la organización en los centros laborales de las enseñanzas religiosa, deportiva y de formación del espíritu nacional.

En estos momentos se preparan nuevas reglamentaciones para

la selección del profesorado y para la fundación de los primeros institutos laborales de España, cuyo primer curso se iniciará en octubre de este año.

Sobre la trama precisa de unas disposiciones legales, producidas dentro del rigor sistemático que hemos expuesto, aletea el gran propósito que alentó la idea de los institutos laborales; de un lado, hacer extensiva una parte fundamental de la Enseñanza Media al mayor número posible de españoles. Además, impregnar esta labor formativa y cultural de un tinte profesional adecuado, en consonancia con las características económicas de la comarca donde van a radicar estos centros para permitir a sus escolares un perfecto conocimiento de sus propias regiones geográficas, y con él la posibilidad de un servicio eficiente a su progreso y desarrollo. Y como secuela natural de ambos supuestos, el de elevar el nivel cultural de amplias zonas de la población española, razón que determina que en una primera etapa los institutos laborales se instalarán exclusivamente en aquellas poblaciones que no posean en la actualidad centros de Enseñanza Media o Profesional.

En memorable discurso ante las Cortes, el Ministro de Educación reclamaba una verdadera movilización general para este empeño docente. La respuesta ha sido por demás alentadora. Los españoles se dan cuenta, cada día con mayor conciencia patriótica, de aquella espléndida consigna que el Sr. Ibáñez Martín planteaba a los representantes de la Nación: «...sólo nuestro trabajo nos traerá la salvación en esta lucha tenaz por el resurgimiento y prosperidad patria, y Dios, que premia a los pueblos que saben seguir sus mandatos, nos será altamente propicio ante este esfuerzo común por dignificar nuestra vida humana. Con espíritu de sacrificio y de perseverancia en la acción, España será lo que nosotros queremos que sea, y si logramos dar a cada hombre la actividad que le corresponde en la vida y conseguimos que la sirva con entusiasmo y eficacia, el porvenir nos pertenecerá de manera cierta.»

Los institutos laborales estarán pronto en marcha. Una ilusionada esperanza acoge este nuevo esfuerzo, que puede infundir definitivamente impulso a nuestro renacer espiritual y material.

NOTAS
DE LIBROS

LOS LIBROS



EL GRAN DUQUE DE ALBA, por MARIANO DE BERUETA. — Madrid. — Biblioteca Nueva Colección «La España Imperial». — Un volumen en cuarto menor, 250 págs.

En Flandes se había puesto el sol precisamente en aquellos momentos de nuestro siglo dorado en que, según la frase de Felipe II, el asceta de El Escorial, no se ponía el sol en los dominios de España y para apagar aquel incendio que amenazaba reducir a brasas Europa, marcha, ya como capitán de los Tercios de Flandes, señor capitán, el Duque de Alba, don Fadrique Alvarez de Toledo, el gran Duque de Alba, dispuesto a abrirse paso entre aquella vorágine a la luz llena de reflejos resplandecientes de su tizona, aquellos momentos en que tan difícil era clavar una pica en Flandes y someter aquellos tumultos que no se apaciguaban ni con el rigor implacable del Tribunal de la Sangre, émulo por su crueldad y fanatismo del Santo Oficio.

Entre los dos grupos de tendencias historiográficas, los que ponen al Duque «como no digan dueñas», y aquellos otros que caen en la adulación y el servilismo, el autor trata de buscar, de hacer un estudio psicológico del Duque de Alba, una de las figuras de más ceño inquisitorial de nuestra Historia, haciendo una investigación detenida y concienzuda y llena, excediéndose de su órbita, la casi totalidad de la obra, de la ideología del carácter y de las facetas personales de nuestro biografiado, al cual hay indudablemente que señalar los perfiles morales de un gran militar.

La obra comienza haciendo un estudio del origen y de las vicisitudes de la Casa de Alba, a la que hace descender de un poten-

tado Arzobispo de Toledo de la época de Don Juan II, la muestra luchando contra las banderas de la Beltraneja, a la que un Duque de Alba, decide el combate de Toro o Pelea-Gonzalo, derrotando con sus jinetes la caballería portuguesa que había desordenado la infantería española e insultado el Cardenal Mendoza en el combate de Toro o Pelea-Gonzalo, en la que los portugueses son derrotados al escapar por estrecho púente por el Duero, que es demolido con sus disparos por la artillería incipiente de Isabel la Católica. Ello significaba en nuestro biografiado un impulso decidido por las armas parangonadas con las letras por Don Quijote, como portavoz de la ideología de Cervantes en su célebre discurso de las armas y las letras, y deseoso el Duque de Alba, de empuñar aquéllas desdeñando los sabios estudios de Salamanca, la Atenas española del Siglo de Oro, marcha cual caballero andante a Túnez, donde se distingue en la expedición realizada por Carlos V, y más tarde se cubre de gloria en Mulberg, donde el ancho curso del Elba, una de las líneas estratégicas primordiales de la geografía militar alemana, defendido por lanchas que ocupan los luteranos, son asaltadas por la caballería hispánica, por incógnito vado, mientras la infantería, a nado y arma en mano, se apoderaba en heroica gesta, de las lanchas enemigas y decidían el paso de la corriente.

A partir de este gran triunfo se acrecienta de tal fama el prestigio del Duque de Alba, conceptuado como gran militar, a partir de esta campaña, conseguida la victoria un día de Nuestra Señora del Gran Consejo, y más tarde ve eclipsarse su estrella en el sitio de Metz, donde un francés que se pasaba al campo español induce dolosamente al Duque a saltar una de las puertas de la fortaleza, la encuentra desguarnecida y al entrar por ella se encuentra rodeado de franceses que disparan por todas partes y le infieren grave descalabro al ejército español, pérfidamente aconsejado por el falso prófugo. Más tarde, marcha a Flandes, a someter la sublevación, y en Groninga, los rebeldes aprovechan el haberse metido en la infantería castellana por la humedad de un prado encharcado para hacer sobre ellos un tiroteo que los derrota innominosamente, maniobra que venga el Duque de Alba en Gemingen, haciendo pasar por un bosque un dique sin ser visto por los protestantes y sacando del bosque diez batallones, a los cuales ataca sin tener en cuenta más razones que su superioridad numérica, que creen tener con sus quince batallones holandeses y entablándose la lucha, hasta que la aparición por la tarde de los

otros diez batallones que tenía el Duque ocultos en el bosque les hace retroceder, decidiendo la batalla una sublevación de los luteranos alemanes. Más tarde, el Duque de Alba, al ver derruida su estatua y proseguida la revolución de los hués o mendigos, va a sitiar la plaza de Harlen, defendida con ciudadela por el sistema de fortificaciones hispano-holandesas y la pone duro sitio hasta que trata de cercarla, a pesar de su excelente situación en que se encuentra sitiada, por un lado por el mar y por otro por un lago, y continúa el sitio durante aquel invierno, a pesar de la protesta de los protestantes, que afirmaban su deseo de luchar continuando la guerra y de la indisciplina de los españoles, que afirmaban que ellos habían ido «a luchar contra los protestantes, pero no a trabajar», hasta que los holandeses sueltan palomas mensajeras con un mensaje pidiendo refuerzos, olvidando que una de ellas había sido alcanzada por una bala y dada en certero disparo por el Duque de Alba, y con la cual previene la ofensiva; pero, finalmente, tiene que levantar el cerco; esta campaña significa el descrédito del Duque de Alba como militar, y es relevado por don Luis de Requesenn. El Duque vuelve desacreditado a España, donde es encerrado en cruel mazmorra; de allí le salvan dos mujeres: una, su esposa, la Duquesa, y otra, la inmortal y mística Doctora de Avila, Santa Teresa de Jesús, y por si ello no fuera poco, consigue de nuevo el mando de la expedición contra Portugal, apoderándose de Lisboa en la batalla de Alcántara, en que el Duque derrota a los portugueses, colocando en primer término una línea de mosqueteros, y en segundo lugar dando una carga de caballería, que, en unión al fuego de la escuadra española, que prosigue el combate luchando con la escuadra portuguesa, consigue la victoria y la ocupación de Portugal, poseedora de un imperio colonial enorme en Africa, Asia y las Molucas, que unido al imperio español en América y Oceanía le hace exclamar, contraponiéndose a su anterior frase de que en Flandes se había puesto el sol, «que no se ponía el sol en los dominios de España», cual decía Felipe II, viendo que el astro solar, en todo lo largo de su extenso recorrido, atravesaba siempre alumbrando por doquier la tierra española.

Este es el espectáculo que nos presenta esta interesante biografía, muy interesante, sobre todo, por lo que hace al conocimiento del carácter, la mentalidad, la psicología ideológica del Duque de Alba.

LA VIDA DEL MEDICO, por LUIS FERNANDO
ALVAREZ. — Ediciones Caralt. — Barcelo-
na, 1950.

Son de una singular belleza literaria toda una serie de libros para médicos leídos, devorados casi, en los últimos meses transcurridos. Mondor y Marañón, Bastos y Duhamel nos han ido dando las más finas percepciones del alma del médico y del cirujano. Ahora un escritor que es, ante todo y sobre todo, un buen médico, ha publicado un libro que guarda, junto a una gran belleza y pulcritud literaria, un aire nobilísimo y sincero de lo que es esta hermosa, noble y maravillosa profesión del ejercicio de la Medicina.

Con un tremendo amor por ella, con una vocación gigantesca y con un excelente bagaje científico, cosas las tres primordiales, se puso a escribir Luis Fernando Alvarez. De aquella conjunción se ha producido un libro, que es, sin duda alguna, después de *Vocación y Etica*, del maestro don Gregorio Marañón, uno de los más logrados y más bonitos —y doy a este vocablo su mayor expresión— que se han publicado aquí y fuera de nuestras tierras en los últimos años.

Una sinceridad magnífica corre a lo largo de todas las páginas del libro de Luis Fernando Alvarez, una sinceridad que, en algunas ocasiones, podrá ser un tanto dura, pero, sin embargo, más vale esta dureza, que le da a la obra calidades de documento inestimable, que otra cosa dudosa que la convierte en algo que nada ni nadie puede rebatir cuando se trate de probar la grandeza, el altruismo, el espíritu de sacrificio y tantas cosas más de una clase donde si bien puede haber un pecador hay muchos aprendices —bien pudiéramos decir maestros— de santos. Y esto no es sólo una frase literaria, sino una realidad que está en los altares.

Sinceridad en todo y sobre todo y con ella la sencillez más pura al hablar de los triunfos y de los fracasos. La soberbia es una planta que no se da muy frecuentemente en el campo médico, y aquí están las páginas de Luis Fernando Alvarez, probándolo, atestiguando la médica sencillez y también la suya propia.

Para el lector no médico *La Vida del Médico* es un libro cuajado de emoción y de belleza, que hace vibrar las almas buenas, que hace crecer un respeto de los más, aunque en algunos se true-

ca en desdén demasiado..., en fin, dejemos sin señalar el vocablo.

Para los médicos, el libro del escritor-doctor Luis Fernando Alvarez, es contemplarse en un espejo. Las grandes y las pequeñas cosas que dice Luis Fernando Alvarez han sido de todos, ya grandes o chicos. De todos, de los que pensamos con nostalgia en horas de internado en que soñábamos con ser algo dentro de un gran engranaje de salvación de vidas, y de los que andan a diario en la dura y grave brega, ya ciudadana o campesina del ejercicio profesional más bello de todos. Perdón, más bello en unión de este otro, duro también y grave asimismo, de ir haciendo día a día los periódicos. Este del periodismo que a tantos nos ha hecho olvidar aquel otro y que ahora nos ha hecho leer con más nostalgia admirativa el buen y excelente libro de Luis Fernando Alvarez.

Don Gregorio Marañón, maestro de médicos y maestro de escritores, ha prologado la obra con unas cuartillas, bellas y profundas como todas las suyas.

Y ahora, ya como término —permítasenos decir, que como tratamiento—, un consejo a Luis Fernando Alvarez. El consejo de que sin abandonar al buen padre Hipócrates, continúe escribiendo. Que nos dé ensayos para médicos, que nos dé una novela, que nos dé libros tan bellos como esta *Vida del Médico*, que ahora cerramos con la tristeza de haber acabado un libro profundo, con la alegría de haber leído un documento que dice de la bondad infinita de unos hombres.

JUAN SAMPELAYO.

EL ARZOBISPO DON RAIMUNDO DE TOLEDO,

por ANGEL GONZALEZ PALENCIA. — Colección
«Pro-Eclesia et Patria». — Un volumen en cuarto,
196 págs.

Un Prelado francés promovido a la Mitra Primada de las Españas, el Arzobispo don Raimundo de Toledo, clara figura de nuestro Episcopado, lumbrera resplandeciente y esplendorosa de nuestras letras y dalid infatigable de nuestras armas, su figura constituye, al par, una brillante página que merece ser destacada entre las que más contribuyeron al progresivo desenvolvimiento de nuestra cultura hispánica.

Nacido en las tierras fértiles, dulces y deleitosas de Gascuña, por nuestro biografiado, ve la luz en Salvettat, según unos, y en Agen, según otros; educado en la sana doctrina cristiana, amantado al dulce regazo de la Orden Cluny, don Raimundo va al claustro buscando un sólo tesoro: la paz, el sosiego, la paz cristiana, la verdadera paz, en momentos en que el orbe feudal se agita calenturiento en impetuoso torbellino en una querrela enconada: las investiduras.

Su niñez transcurre en momentos en que el Cluny, la gran Orden, da luz un gran Papa, Gregorio VII, del que el Monasterio se convierte en punto de apoyo de su sana política, mientras allá a lo lejos, en el Concilio de Clemont, a impulsos de un asceta, Pedro el Ermitaño, y al acorde de un grito luminoso: Dios lo quiere, las masas parten camino de la soñada Tierra Santa.

Don Raimundo, en el interior de su claustro, siente hervir su cabeza y se pregunta en su fuero interno ¿por qué él no ha de participar en sacrificios y desvelos? Deo volente se ofrecerá a los trabajos misionales de su Orden, y así viste el sayal, calza las sandalias, empuña el bordón de peregrino en su deseo de caminar tras nebulosas estelares que componen a lo largo del cielo la belleza impresionante de la Vía Láctea o Camino de Santiago en pos de un ideal de peregrinación y de cruzada. Ciertamente, le favorecían las circunstancias; a su monasterio llega un hermano de Orden de su misma tierra, la amena Gascuña; de su mismo lugar, la aldea de Salvettat. Llegaba a su claustro tras una arriesgada cruzada a las órdenes de Godofredo de Bouillon. El Arzobispo de Toledo, don Bernardo de Salvettat, en demanda de justo albergue para descansar de su prolongado viaje, y allí, en su claustro, relataría con toda clase de pormenores durante luengas horas libres, en inevitables ocios, interrumpiendo oficios, preces y rezos litúrgicos, los incidentes de su peregrinación. A partir de su llegada a España en el séquito de una reina francesa, Doña Constanza, que lo trae en su cortejo nupcial, y acostumbrada a orar en el Cluny, entrega a la Orden la Abadía de San Facundo, hoy Sahagún, central de todos los de la Orden, y lo promueve a abad de dicho cenobio por consejo del gran Papa de la Edad Media Gregorio VII. Relataría su intervención en los mil incidentes de la épica conquista de la capital del arcaico estado de los godos, la señorial Toledo, edificada en accesible peñón, rodeada, cual bélica fortaleza, por las aguas mansas y turbias del Tajo y arrulladas por sus ondas

cristalinas por todas partes, por todas direcciones que la cercan, excepción hecha del estrecho istmo, único punto verdaderamente vulnerable, y al par los incidentes ocurridos en el campamento cristiano, que, consecuencia de la carestía y del hambre, intentaban levantar el cerco cuando la ciudad, como fruta madura, estaba a punto de caer en manos de los cristianos, y lo hubieran efectuado ciertamente si no hubiera sido por la visión resplandeciente de seres angelicales que acompañaban a un santo, ocurrida al Obispo de León en una fecha memorable, el 25 de mayo de 1085, día de la ocupación de la ciudad, precisamente en la misma fecha en que exclamando una gran frase: «Amé la justicia y odié la iniquidad; por eso muero en el destierro», pasaba a mejor vida el Papa Gregorio VII, la gran lumbrera de Cluny.

Y aquella conquista traía para los cristianos indudables ventajas estratégicas, al clavar sus estandartes sobre las escarpadas orillas y ricas y dilatadas vegas del Tajo, que difícilmente podría vadear la morisma; pero, además, la ocupación de Toledo significaba la conquista de la capital visigoda, constituyendo el punto estratégico en toda campaña militar que siempre lo es la capital contraria, y que haría frecuentemente derrumbarse la resistencia de toda la España musulmana.

Pero si aquella empresa significaba mucho, ciertamente, desde el punto de vista estratégico, se convertía, en cambio, en frío obstáculo desde el punto de vista eclesiástico, místico y moral. Aquellos rudos soldados cristianos, acostumbrados al sacrificio y a la vigilia, al llegar a los deliciosos alcázares, a los amenos y deleitosos jardines hispano-árabes, repletos de albercas, macetas, azulejos y surtidores, al penetrar en los baños arábigos y en los harenes, se embriagan al sabor agridulce de los placeres, y el mismo Alfonso VI, con razón dice el refrán que fray Ejemplo es el mejor predicador, no puede sustraerse al indecible encanto de sugestiva belleza morena de una dulce mujer, la mora Zaida, olvidando el casto connubio de su esposa, apoyada por el Arzobispo de Toledo D. Bernardo, ya nombrado también Primado a pesar de la seria oposición del Arzobispo de Santiago, que paga su rebeldía con el encierro en un calabozo. Por otra parte, la capitulación de la ciudad, ¿no resultaba hartamente benigna? ¿No continuaban en su cargo almorajarifes y alcaides? ¿No seguían los mahometanos libremente las supersticiones de su culto errado e idolátrico,

que se celebraba en su mezquita con gran magnificencia? ¿Y no continuaban abiertos de par en par los anaqueles de las bibliotecas moriscas, que cualquier espejo mostraban el alto grado cultural alcanzado por aquel mosaico del reino de taifa, pero que no dejaban de contener a veces el germen y semilla de futuras y funestas herejías para el averroísmo, que habían de ensombrecer y amenazar cual galerna o furioso temporal la cultura medieval cristiana? D. Bernardo y Doña Constanza, en aquel Toledo que era como una mezcla o amalgama de los más varios ingredientes, cual resplandor de dos dispares luminarias, cual punto de cita de dos culturas diversas y antagónicas, penetra sin el debido permiso, «manu militari», en la arábica mezquita, destruye con energía el culto del falso profeta, unifica el misal romano con el mozárabe, que únicamente subsiste en la arcaica capilla catedralicia, tras rudo juicio de Dios, en que ambos misales salían por igual libres de la prueba al fuego, según el bárbaro método probatorio de los litigios, inspirados en bárbaras costumbres germánicas. ¡Bien claro se había de ver la razón que le asistía y las amargas consecuencias de tan errada política!, pues hartas las princesas moras de ser maltratadas por la furia bestial de la soldadesca, llaman a sus adorados almoravides, que se encuentran en el paso del Guadiana, junto a Zalaca, al ejército cristiano, y el VI de los Alfonsos, en medio del combate, encuentra un puñal que lo hiere, dejándolo desvanecido, y es arrastrado por el impulso caprichoso de su caballo. Luego narraría D. Bernardo su marcha a Palestina tras el símbolo de la Cruz, emblema heráldico de la primera cruzada, cual si tratase de imitar el sacrificio glorioso del Calvario.

Pero no era esto solamente; es que a D. Bernardo llegan malas nuevas de los acontecimientos ocurridos en España tras su marcha feliz a Tierra Santa; aquellos clérigos indisciplinados, llevados por su odio al celibato, acababan de asaltar el palacio arzobispal de Toledo, y el Arzobispo, ansioso de meterlos en cintura y llevarlos por buena vereda, se hace acompañar de fieles paisanos, como su hermano de Orden D. Raimundo, antes de emprender su marcha por segunda vez a España. Durante el largo viaje iríase mostrando a los peregrinos la perspectiva de un amargo panorama. Las tierras yermas, desérticas y esteparias de Castilla, doradas por el mar de oro de las mieses de sus trigales, mostraban todavía las heridas sensibles que la morisma les infligiera: las mieses, arrasadas, los monasterios y cenobios devastados, las aldeas despobladas,

das, los colonos, sujetos a esclavitud y a la ignorancia y vendidos por sus amos juntamente con la tierra que cultivaban, y la tierra, sembrada por doquier de salteadores y forajidos. ¿No era como horrible pesadilla de una España que parecía levantarse trasnochada con la mueca de horror y de espanto de un amargo sueño apocalíptico?

La peregrinación de Santiago que venía por el camino francés, al igual que cristalina corriente de agua bienhechora, se remansaba y constituía bálsamo y deleite para aquellas cicatrices ancestrales. El sistema feudal, hoy aterrador, al entregar frente al dominio directo en feudo el dominio útil de las tierras a aquellos rudos labriegos, ¿no representaba en cierta manera, frente a la esclavitud, una cierta mejora social? El Cluny, frente a la incultura, crea los más antiguos colegios, germen de nuestras Universidades, que no eran más que una asociación de colegios. ¿Y en dónde florecía en aquellas rudas edades la ciencia más que en torno de los claustros monacales? Aquellos cantares religiosos, como el *Ultreya*, y profanos, como la canción de Rolando, que rememoraban una Francia grande, ¿no representaban el germen de nuestros cantares de gesta, como el Bernardo del Carpio, primera manifestación de la literatura castellana? Y aquella ansia reconstructiva por medio de fueros y cartas pueblas de genobios y monasterios, ¿no significaba, a través de la escuela llamada de Aquitania de la arquitectura románica, que había de cristalizar en una gran obra la catedral de Santiago, debida a un gran artífice, Bernardo Gerduíno, llamado el Maestro de las Platerías?

Pero bajaban ciertamente revueltas las aguas del río. Los almoravides ocupan Valencia, ponen cerco a Uclés, talan Guadalajara, cercan Toledo, y hubieran ocupado Madrid de no ser por las preces de San Isidro Labrador; y el dedo de la Providencia emplea como causa eficiente a Alfonso el Batallador, que quiebra el cerco de Toledo y persigue a lanzadas a la espantada morisma por las áridas y desoladas estepas castellanas. Su hazaña, recién muerto Don Raimundo de Borgoña, le vale por premio la mano de Doña Urraca.

Mas no por esto amainaba el temporal: aquel matrimonio, anulado por el Papa Calixto II, hermano de Don Raimundo de Borgoña, solamente acarrea discordias; Doña Urraca se fuga del castillo de Castelar con su amante el Conde de Lara, y el aragonés invade la diócesis de Osma, en la cual nuestro biografiado acababa

de ser nombrado Obispo y sostenía rudo pleito con el Arzobispo de Burgos por los términos de Boceguillas, cuando, al igual que los demás Obispos de Cluny, queda cautivo en manos aragonesas. Según la versión, escapa a Toledo; según otras versiones, donde trabaja en el escritorio del Arzobispado, en los días tormentosos en que la causa de la dinastía de Borgoña sufría los rudos combates del campo de la Espina y de la villa de los Fangos, mientras el heroísmo de los Caballeros de Avila hacía dejar patente el lema «Avila de los Caballeros».

Mas bien dice el adagio que después de la tempestad torna la calma. En el pecho del batallador, tras los desgraciados amores, surgía un amor místico mariano, y aprovechando que los almoravides sitiaban el último taifa, Zaragoza, y derribaban el Pilar, olvidando sinsabores y recelos, vuela en socorro de la plaza, baja el Aragón, sigue el Ebro y llega a la ciudad, y cuando un ejército almorávide viene a romper el cerco, le sorprende en el desfiladero de Valtierra; hace venir cruzados franceses, eleva torres para asaltar la ciudad de madera y, finalmente, envía naves por el Ebro, que hacen capitular a la antigua César Augusta en la festividad de la Virgen de la O, el día 18 de diciembre de 1118, y, ebrio de triunfos, baja al Jalón, sigue el Jiloca y vuelve con numerosos almogávares, después de conseguir un gran triunfo, atribuido a San Raimundo, en tierras granadinas.

En esto vaca la sede toledana, y D. Raimundo cobra vuelos; su figura se agiganta hasta el infinito; su actividad se multiplica hasta lo inverosímil. En primer término, consigue la mitra primada, y su actuación adquiere el más elevado grado de interés. Como Prelado consigue para su diócesis, tras el célebre embrollo de Batres, villa cedida por Alfonso VII a la Comunidad de Segovia, algunas ventajas para la diócesis toledana, como es la donación de Alcalá y de Calatrava. Exime a sus clérigos del servicio militar; pleitea con el Cabildo y consigue para su catedral la décima parte de la moneda de vellón acuñada por la ceca toledana. Como Primado asiste a los Concilios de Reims, de Burgos y de Palencia, el cual preside el turbulento Arzobispo de Santiago, el cual, con sus intrigas y enviando dinero a Roma, quería el Primado de las Españas y había conseguido ser nombrado legado apostólico, y además pleitea con los Arzobispos de Toledo, sublevándose con los orígenes de Portugal, en Galicia, a favor de Alfonso VII, de quien fué preceptor, y cuando los Arzobispos de Toledo, para hacerle entrar en orden, convocan el 21 Concilio toledano, contesta convocando

un Concilio en Santiago, y, finalmente, aprovechando las liviandades de Doña Urraca, tiene que huir mientras la Reina era violada por el pueblo, disfrazado de pastor, ante el temor de las multitudes en la célebre revolución compostelana.

Como político, D. Raimundo consigue ocupar la Cancillería de Castilla, y ayuda a la política de repoblación de la dinastía de Borgoña favoreciendo los molinos y las obras hidráulicas. Como patriota interviene en las expediciones contra Coria y Oreja, la arcaica Aurelia, mientras Doña Berenguela, aprovechando la galantería de los almoravides, defiende Toledo de la morisma, defendida únicamente por la belleza sin par de sus damas; hecho portentoso que tal vez tenga por causa un prodigioso milagro. Como mecenas, como erudito y como sabio, presta ayuda económica y auxilio moral a la escuela de traductores de Toledo.

¿Qué significa esta escuela, verdadera torre de Babel, en la cual se unifica la cultura medieval, científica y literaria? Es materia que aparece todavía envuelta en los velos tenebrosos del misterio. ¿Existió verdaderamente un núcleo organizado de eruditos amanuenses y copistas encargados de verter a los manuscritos palimpsestos y códices medievales, de nítida letra francesa, los textos árabes? Evidentemente no; la pretendida escuela de traductores de Toledo, de la cual se decía florecían en la Edad Media supersticiones y herejías, como lo muestra la historia del Beato Gil, que vendió su alma al diablo en Toledo y luego más tarde, arrepentido, se hizo fraile y consiguió que la Virgen le entregara el documento de herética venta, que vemos desenvolverse en algunos cuentos, como el de Don Millán, el Mágico Prodigioso del Conde Lucanor, debido a la pluma amena y galana del Infante Don Juan Manuel. La escuela de traductores, repetimos, no debió de constituir un centro oficial organizado a la moderna, sino que se limitó a la venida a España de eruditos extranjeros aislados, que a veces contraen amistad entre sí. De lo poco que conocemos, parece que el séptimo de los grandes abades del Cluny, Pedro el Venerable, para mejor rebatir el islamismo, hace traducir el Alcorán; para ello se vale de los ignorantes clérigos mozárabes menos letrados, cuyos libros de rezo, muestra de que apenas entendían el latín, tenían apostillas en árabe, lengua que traducían al romance del recién nacido castellano, que entonces era lengua vulgar, de rudos y de arcaicos giros, mientras otros clérigos más letrados vertían nuestro romance al espíritu sereno y conciso de la antigua lengua del latium.

Entre los primeros merece destacarse Juan de Sevilla, judío converso, de filiación neoplatónica y avicebroniana, así como el canónigo Marcos de Toledo; entre los segundos, al arcediano Domingo González, traductor del organon de Aristóteles. Asimismo quedan huellas de otros traductores, como el arcediano de Madrid Guillelmus Stattfort, que compuso el tratado sobre la conversión de los árabes a los romanos, que se encuentra relacionado con el viaje de Pedro el Venerable. Asimismo el libro va sacando de la oscuridad los nombres de Herman de Carintia, llamado gran autor escolástico por Pedro el Venerable, pero, al parecer, falto de la gran originalidad de Abelardo de Bath, autor que escribe fuera de España y que se ha querido identificar con el célebre Abelardo famoso por sus amores con Eloísa; también el libro presenta a Roberto de Chéster, que traducía, en unión de Herman de Carintia, el álgebra y folletos de propaganda antimusulmana; merece citarse también a Roberto de Brujas, discípulo de Herman de Carintia, que tradujo el planisferio de Ptolomeo, y, finalmente, señálase en el libro la existencia de otros focos, cual el de Tarazona, en el que trabajaba Hugo de Santalla, y aun el del Monasterio de Ripoll, donde escribe Platón de Tívolis, en colaboración con el judío Abraham War Hiyaque, autor de la versión del *Motu Stellarum*, de Ablatemio.

Imposible sería a todas luces, pues D. Raimundo poco añade de cosecha propia, hacer una especie de catálogo de las obras traducidas por estos autores del árabe. Bastaría citar, en el extenso y documentado índice que contiene la obra en materia de filosofía, la traducción de las obras de Aristóteles, de Avicena, como su libro de *Anime* y la *Fons Vitae*, de Avicebron, y las obras de Algazel; en materia de religión, la versión del Alcorán encargada por el último gran abad del Cluny; en materias matemáticas, la versión de los elementos de Euclides y del álgebra del árabe Al-yabr de al Jawrizmi, fechada en Segovia en 1145, vertida por Roberto de Chéster; en materia de geografía, las tablas astronómicas al Jawrizmi y al astrolabio que hizo venir de Italia al traductor Gerardo de Cremona del planisferio de Ptolomeo y de los elementos de astronomía, de Alfraganus, y en materia de medicina, la tabla esmeralda, referente a la alquimia, gran preocupación de la época, en su deseo de encontrar medio para fabricar el oro, juntamente con la astrología, y de la obra *Pulsibus et urinis de abu Zaid Hunayn*, de Serapión el Viejo de Almansuri, director de los

hospitales de Bagdad, y del cirujano Abbas al Zahrawi Abulcassis, autor de un célebre vademécum de Medicina.

Ahora bien, ¿qué significado tuvieron estos trabajos? Indudablemente trajeron un enriquecimiento de la cultura, sobre todo en el álgebra y la divulgación de las obras de Aristóteles, entonces incógnitas, pero que a través de algunos errores harían brillar, al rebatirlos, el genio cristino de la escolástica de Santo Tomás de Aquino, cumpliéndose el apotegma de que no hay mal que por bien no venga; pero de momento significaron un momento en que se nubla el horizonte cultural contemporáneo, se encrespa la tormenta y parece apagarse la luz de la fe que guiaba la cultura medieval cristiana; además coincide con un momento en que el espíritu acalorado del mundo invade los serenos claustros del Cluny en momentos en que el abad Ponce se apoderaba a viva fuerza de la Abadía Cluniacense y desde ella desafiaba al Pontificado, hasta que éste consigue enviar a Pedro el Venerable, último gran abad de la Orden, donde establece la disciplina, y más tarde, habiéndose escapado de la Orden del Císter, célebre por su dureza y rigor, un pariente de San Bernardo, y refugiado en el Cluny, San Bernardo lo reclama de Pedro el Venerable, entablándose entre ambos nutrida querrela, en que el jefe del Císter reprende al Cluny por su vida mundanal, llena de comilonas, de bebidas de licores benedictinos y del lujo de caballerías y carruajes; mientras esta vida hace decaer al Cluny y al Císter, llega a España, llamado por Alfonso de Castilla, San Bernardo, y funda en Portugal la Abadía de Claraval, en la que Alfonso Enríquez bendice las banderas, y, acompañado de San Teutonio, consigue un día de Santiago la gran victoria de Ourique; en estos monasterios es donde vemos aparecer la ojiva, que caracterizará al estilo gótico, de transición entonces incipiente, que vemos aparecer en los monasterios del Císter, y prueba de la gran devoción mariana de aquellos frailes, que habían cambiado el hábito negro del Cluny por el blanco del Císter en virtud de una visión de la Virgen, es el célebre Memorade de San Bernardo en aquellos momentos en que la Virgen le dió a beber de sus pechos y el santo se convierte en doctor insigne, poeta y orador excelso, por lo que recibe el nombre de San Bernardo, dictador de Cristo y de último padre de la Iglesia; entonces es cuando llegan los días de las brillantes páginas militares en que interviene como Arzobispo de Toledo D. Raimundo, cual son el milagro de Toledo, sitiado por Abengamia y defendido sólo por Doña Berenguela y sus damas, mientras los castellanos sitiaban Aurelia,

hoy Oreja, y las expediciones de Coria y, finalmente, la conquista de Córdoba por Alfonso VII, en la cual D. Raimundo hace celebrar el culto católico en la Mezquita, y últimamente, la célebre expedición a Almería, la arábica Al-miraah, o espejo en el mar, en que culmina la actividad militar del castellano.

Aquí es donde vemos culminar la gran figura de D. Raimundo, que va escalando peldaño a peldaño su obra desde el campo hasta el claustro, del claustro a la Mitra, de la Mitra al Primado, del Primado a la Cancillería de Castilla, y de la Cancillería a la Historia, donde su nombre queda escrito con letras indelebles.

El número 49 de la REVISTA DE ESTUDIOS POLITICOS

La *Revista de Estudios Políticos*, dirigida por Javier Conde, que, como decía hace poco una personalidad italiana, se ha convertido en la mejor revista europea de su clase, presenta en su número 49 un sumario que hace el máximo honor a la calidad de la Revista y al fecundo y laborioso esfuerzo del Instituto que la edita. No consiente la brevedad natural a esta reseña dedicar la atención debida a los trabajos que en este número aparecen, son tantos y de tan relevante contenido, que sólo la dedicación a algunos de ellos ocuparía un espacio del que no disponemos. Bastará, pues, a nuestro propósito informativo una simple enumeración, en la cual, la sola enunciación de las firmas que en ella aparecen —algunas del mejor rango científico e internacional— y de los títulos de los artículos a cuyo pie figuran, será suficiente para despertar la apetencia intelectual del lector. Contiene dicho sumario *Estudios*, debidos a los siguientes autores: *Ramón Menéndez Pidal*, la primera parte de un trabajo titulado «El Imperio hispánico y los cinco Reinos», sinopsis de dos épocas en la estructura política de España; *Federico de Castro y Bravo*, «¿Crisis de la Sociedad Anónima? Reflexiones sobre la proyectada Reforma legislativa de la Sociedad Anónima»; *Enrique Gómez Arboleya*, completa un trabajo anterior con su artículo «Más sobre la noción de Persona»; *Arnold Toynbee*, el famoso historiador, publica un estudio titulado «Rusia, heredera de Bizancio»; *Werner Goldschmidt*, el artículo «La naturaleza del Derecho y sus problemas»; *J. Luis Aranguren*, «Lectura política de Quevedo»; *C. Barcia Trelles*, «El ayer, el hoy y el mañana internacionales»;

Gaspar Gómez de la Serna, «El criticismo noventaichocista y José Antonio», un trabajo en el que se estudia el tema de España en el Fundador; *J. A. Piera Labra*, un artículo titulado «La evolución de la Economía alemana», y *Salvador Lissarrague Novoa*, una nota acerca de Gustav Radbruch, fallecido hace poco.

La sección *Mundo Hispánico*, cambia en este número su carácter de revista dentro de la Revista, y comprende un sólo y magnífico artículo de *Antonio Tovar*, titulado «Introspección de la Argentina en el escritor Martínez Estrada».

Siete *Recensiones* y catorce *Noticias* de los más importantes libros últimamente aparecidos completan este número, con la importantísima sección de *Revista de revistas*, la cual mejora en este número su excelente ordenación, al presentar la reseña de las revistas más importantes, abarcando conjuntamente todo su sumario. Cierran este número 49 el habitual *Fichero de Revistas* y una «*Bibliografía* acerca de la Federación europea», por don Antonio de Luna.

JAIME BALMES, POLITICO, por ERNESTO LAORDEN.

Editorial Labor. Colección «Pro-Eclesia et Patria».

Un tomo en cuarto menor, 235 págs.

Constituye a todas luces un acierto para la colección «pro eclesia et patria» que actualmente lanza al mercado la Editorial Labor, presentar un resumen claro y completo del nítido pensamiento del ilustre filósofo catalán, genio esplendoroso y original de nuestra filosofía para ilustrarnos sobre su criterio en las debatidas cuestiones políticas, al objeto de esclarecer no pocas dudas, llenar lagunas y corregir averraciones que frecuentemente vemos brotar como mala semilla y circular como moneda corriente en el ambiente espiritual, contemporáneo del cual vemos sacar los materiales constructivos de su pensamiento en los filósofos modernos, al objeto de esclarecer y ver cuál haya de ser sin exageraciones ni disputas la verdadera posición y refutar muchas afirmaciones que corrientemente circulan como moneda legítima entre el vulgo, ya sea popular ya erudito en nuestros actuales instantes.

Y el autor copia textos enteros de Jaime Balmes, de pensamiento luminoso, de prosa amena y deleitosa, de estilo literario brillantísimo, declamatorio y grandilocuente que demuestran que

en el filósofo catalán no marchaban en zaga las cualidades literarias de su privilegiado y magistral intelecto, y así Jaime Balmes, en medio de un mundo liberal, en torno de una España desquiciada, que se agita en una guerra fratricida en la estéril contienda carlista, mientras Francia e Inglaterra aprovechaban la oportunidad para procurarse pingües colonias como Marruecos y Argelia, Jaime Balmes lleva una política ecléptica moderada, tratando de suavizar las discordias, tolera el liberalismo, llega adelantándose en largo espacio cultural que significa más de un siglo en aquellos momentos de maquinismo, de industrialización, de tiranía capitalista a concepciones en las que se antepone a Carlos Marx, y en las cuales si la vemos florecer en las obras del filósofo catalán, luego más tarde, habían de fructificar en las luminosas encíclicas de la «*Rerom Novarum*» y «*Cuadragesimo anno*», que se creen inspiradas, al parecer, en las obras del magnífico filósofo catalán y que más tarde se convertiría en verdadera carta magna de trabajo y que habían de brotar con nueva sabiduría en la magnífica legislación social del Fuero del Trabajo de Falange Española y de las J. O. N. S., en que se integra la política social del nuestro Estado.

Admira ciertamente cómo en tan lejanas décadas, en momentos en que el trabajo era considerado como una mercancía, surge en Balmes una serena política social cristiana, exenta de los gérmenes enfermizos del marxismo.

.Aquella Iglesia calumnianada por gacetas y libelos, ultrajada en los parlamentos, vejada por la insana desamortización del nefasto Mendizábal, como medio para terminar la guerra carlista, todavía repartía desde sus fundos célebres de mano muerta en sus extensos dominios la célebre sopa boba de los conventos, según todavía pudiera contemplarla en los momentos de la Guerra de la Independencia, Lord Byron, el gran poeta laquista de la pérfida Albión. Conservaba todavía aquella costumbre tradicional como reminiscencia de la antigua liturgia del siglo I en el cual el Santo Sacrificio de la Misa costaba una Misa llamada de los Catecúmenos y una Misa propiamente dicha en la cual, además de la fracción del pan símbolo de la Eucaristía, se acostumbraba a realizar diferentes regalos, ofrendas por los fieles al Sacerdote con las cuales acostumbraba a confeccionar un ágape o comida fraterna que subsiste en la liturgia cristiana hasta los comienzos del siglo IV. Era, pues, la Iglesia la que realizaba una política social sanamente orientada y, no obstante, al desaparecer aquellos ágapes no debe creerse que desapareciera por ello la preocupación

de la Iglesia de mejorar la condición de los humildes, bastaba la Eucaristía para convertirse en triaca de nuestras enfermedades, remedio a nuestros pecados, sostén de nuestros vicios, consuelo de nuestras aflicciones y remedio en nuestras necesidades corporales; por eso es en la Iglesia que encuentra la sociedad sumida en la esclavitud donde, poco a poco, lo va elevando la condición de los esclavos a través de una trayectoria que marcha lentamente de la esclavitud al servilismo, del servilismo al vasallaje, del feudo medieval y del vasallaje a la libertad humana, que florece en la época contemporánea. Por ello, sería inútil negar a la Iglesia un mérito de haber realizado una mejora de las condiciones sociales sin necesidad de acudir al materialismo económico ni a lucha de clases, ni a las agrupaciones profesionales, postulados básicos del marxismo.

La obra de Ernesto Laorden, pulcramente escrita y sabiamente orientada, termina estudiando las ideas del gran filósofo catalán en otra multitud de cuestiones por demás interesantes, como son, por ejemplo, el problema de las formas de gobierno y las relaciones entre la Iglesia y el Estado y la política exterior de España, que la hacen en todo punto interesante y digna de todo aplauso.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

Ministerio de Asuntos Exteriores
y de Educación Nacional

*DECRETO conjunto de ambos
Ministerios de 21 de enero de
1950 por el que se crea el Co-
legio Mayor «Hernán Cortés»,
en Salamanca, como funda-
ción del Instituto de Cultura
Hispánica.*

Constituyen un grupo cada día más nutrido los estudiantes hispanoamericanos que acuden a la Universidad de Salamanca atraídos por su historia sin par, su nombre insigne y su espléndido renacimiento actual, que la acredita nuevamente como Universidad Mayor de las Españas.

A este deseo de los estudiantes hispanoamericanos quiere corresponder el Estado español ofreciéndoles, por medio del Instituto de Cultura Hispánica, un Colegio, continuador también de las viejas tradiciones universitarias salmantinas, que les ofrezca, en convivencia con los estudiantes españoles, ambiente propicio a sus tareas de estudio e investigación y contribuya a su formación integral de hombres llamados a defender en todas las latitudes los grandes principios

de nuestra civilización cristiana.

A este fin, y a semejanza del Colegio Mayor Hispanoamericano de Nuestra Señora de Guadalupe, ya instituido en la Universidad de Madrid, se crea ahora en la Universidad de Salamanca un Colegio Mayor Hispanoamericano, que se denominará «Hernán Cortés», para honrar universitariamente la memoria del glorioso conquistador y estadista, antiguo estudiante de la Universidad salmanticense.

En su virtud, a propuesta de los Ministros de Asuntos Exteriores y de Educación Nacional, y previa deliberación del Consejo de Ministros,

DISPONGO :

Artículo 1.º Se crea en la Universidad de Salamanca el Colegio Mayor Hispanoamericano «Hernán Cortés», que estará destinado por igual a estudiantes españoles y a estudiantes e investigadores de los países hispanoamericanos y Filipinas y de Portugal y el Brasil.

Art. 2.º El Colegio será considerado fundación del Instituto de Cultura Hispánica y dependerá, a efectos académicos, de la Universidad salmantina.

Sus fines y funciones serán los que corresponden, según las leyes y reglamentos, a los órganos universitarios de esta naturaleza.

Art. 3.º Al frente del Colegio se constituirá un Patronato que, presidido por el Director del Instituto de Cultura Hispánica, estará formado por los siguientes Vocales: el Director General de Relaciones Culturales, el Presidente de la Asociación Cultural Iberoamericana de Salamanca, cuatro Catedráticos de la Universidad de Salamanca, uno por cada Facultad, designados por el Rector; el Jefe del Departamento de Asistencia Universitaria del Instituto de Cultura Hispánica, tres Vocales de la Asociación Cultural Iberoamericana de Salamanca, designados por la misma; el Director del Colegio «Santiago», de Salamanca. El Rector del Colegio «Hernán Cortés» actuará de Secretario del Patronato.

Art. 4.º En su organización y desenvolvimiento el Colegio Mayor Hispanoamericano se sujetará a los preceptos de la Ley de Ordenación de la Universidad Española y normas complementarias, correspondiendo al Instituto de Cultura Hispánica los derechos que dichas disposiciones atribuyen al fundador.

Art. 5.º El Patronato elevará al Ministerio de Educación Nacional, para su aprobación, los Estatutos del Colegio Mayor, y, en su día, las modificaciones que estime necesario introducir en los mismos.

Art. 6.º Quedan autorizados los Ministerios de Asuntos Exteriores y Educación Nacional para dictar las disposiciones com-

plementarias en ejecución del presente Decreto.

Dado en El Pardo a veintiuno de enero de mil novecientos cincuenta.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Asuntos Exteriores,
ALBERTO MARTIN ARTAJO

El Ministro de Educación Nacional,
JOSE IBANEZ MARTIN

ORDEN de 1.º de febrero de 1950 por la que se convoca el Premio Nacional de Novela «Miguel de Cervantes».

Ilmo. Sr.: De acuerdo con lo dispuesto en la Orden de este Ministerio de 25 de enero de 1949 (*Boletín Oficial del Estado* número 37, de 6 de febrero), que instituyó el Premio Nacional «Miguel de Cervantes», por la presente se convoca el concurso del correspondiente año.

En su virtud este Ministerio de Educación Nacional dispone lo siguiente:

Primero. El concurso correspondiente al Premio Nacional de Novela «Miguel de Cervantes» será tramitado por la Dirección General de Propaganda.

Segundo. El premio establecido se concederá, a juicio del Jurado, a la mejor novela en que se exalte un tema de carácter ejemplarmente español presentada a este concurso.

Tercero. Las novelas que se presenten al referido premio serán por duplicado y acompañadas de las instancias de los concursantes, dirigidas a la Dirección General de Propaganda, Sección de Asuntos Generales.

Cuarto. Las referidas novelas deberán haberse editado en castellano, en España o en cualquier país de habla española, en el período de tiempo comprendido desde el día 1.º de enero al 30 de septiembre del corriente año.

Quinto. El plazo de admisión de libros a este concurso comprenderá desde el día de la publicación de esta Orden en el *Boletín Oficial del Estado* hasta el día 1.º de octubre de 1950, a las veinticuatro horas.

Sexto. La cuantía del Premio Nacional de Novela «Miguel de Cervantes» será de veinticinco mil pesetas.

Séptimo.—La concesión de este premio deberá hacerse antes del día 31 de diciembre de 1950.

Octavo. En su día se harán públicos los nombres de los señores que constituirán el Jurado calificador que propondrá a este Ministerio la novela a la que deberá otorgársele el premio ofrecido.

Lo digo a V. I. para su conocimiento y demás efectos.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 1.º de febrero de 1950.

IBAÑEZ MARTIN

Ilmo. Sr. Subsecretario de Educación Popular.

CONVOCATORIA de los premios anuales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas para el año 1950.

De acuerdo con lo preceptuado en el artículo octavo de la Ley fundacional de este Consejo Su-

perior de Investigaciones Científicas, y en cumplimiento de los artículos 18 y 19 del Decreto de 16 de diciembre de 1942, modificado por Decreto de 26 de enero de 1944, de conformidad con lo acordado por el Consejo Ejecutivo y la Junta de Gobierno del Patronato «Juan de la Cierva», se abre convocatoria para la presentación de los trabajos que aspiren a los premios instituidos para recompensar la investigación científica en las condiciones siguientes :

1.º Los premios «Francisco Franco» serán dos : uno para las disciplinas de Letras y otro para las de Ciencias, de cincuenta mil pesetas cada uno, otorgables a obras que ofrezcan relevante mérito técnico y trascendencia científica nacional.

2.º Habrá asimismo los siguientes premios :

a) Tres premios denominados «Raimundo Lulio», «Antonio de Nebrija» y «Luis Vives», para las disciplinas de Letras, y otros tres —«Alfonso el Sabio», «Santiago Ramón y Cajal» y «Alonso de Herrera»— para las de Ciencias, de veinte mil pesetas cada uno, destinados a premiar la labor investigadora.

b) Cuatro premios «Menéndez y Pelayo» para las disciplinas de Letras, y cuatro premios «Leonardo Torres Quevedo» para las de Ciencias, de cinco mil pesetas cada uno, para premiar la vocación científica de la juventud estudiosa.

Para estos premios no se admitirán los trabajos de síntesis, los de carácter general ni aquellos que no signifiquen una aportación científica original.

3.º A los premios «Menéndez y Pelayo» y «Leonardo Torres Quevedo» no podrán concursar quienes tengan una situación definitiva en la docencia oficial o privada o en cualquier Cuerpo del Estado. Estos premios serán destinados a los estudiosos que, terminados sus estudios, preparen su paso a situación oficial definitiva en la organización de la ciencia española.

4.º Instituidos por la Junta de Gobierno del Patronato «Juan de la Cierva», a fin de que sirva de estímulo a los trabajos de investigación técnica individual o colectiva, se establece un premio de cuarenta mil pesetas y otro de veinte mil para el autor o autores de un trabajo de investigación técnica de libre tema, y medalla de plata dorada, con un premio de cuarenta mil pesetas, y medalla de bronce, con un premio de veinte mil, para los trabajos de investigación técnica de tema libre, desarrollados en equipos, por un Instituto, Centro experimental, Laboratorio oficial o de Empresa, etc., cualquiera.

Los que aspiren a estos premios indicarán si los trabajos presentados corresponden a los de autor o autores individuales o a los de equipo de un determinado Centro oficial o privado.

5.º Un mismo trabajo no podrá aspirar simultáneamente a los premios generales del Consejo y a los especificados del Patronato «Juan de la Cierva».

6.º Los trabajos que concurren a la presente convocatoria serán admitidos hasta las veinte horas del día 31 de octubre de 1950.

7.º Los originales estarán es-

critos a máquina, pudiendo serlo por ambas caras del papel, y serán designados por un lema. El nombre del autor se consignará en sobre cerrado, no transparente y lacrado sin marca especial; el lema figurará en la parte exterior del sobre.

8.º La Secretaría del Consejo dará un recibo del trabajo presentado si la entrega se hiciera personalmente.

9.º Los trabajos premiados quedarán de propiedad del Consejo, y en ningún caso serán devueltos a su autor. Los autores vendrán obligados a pasar por la Secretaría dentro del mes siguiente a la concesión de los premios.

10. Los autores no premiados podrán retirar sus trabajos previa identificación de su personalidad.

11. El Consejo Ejecutivo y la Junta de Gobierno del Patronato «Juan de la Cierva» designarán las personas encargadas de juzgar los trabajos presentados. El fallo del concurso de adjudicación de estos premios se hará público en la sesión anual del Pleno del Consejo.

12. El Consejo publicará por su cuenta las obras premiadas. En este caso los autores vendrán obligados a realizar los trabajos necesarios para la edición definitiva dentro del plazo que señale el Consejo y a aceptar las adiciones o modificaciones que se estimen como complemento necesarios.

13. La remisión de los trabajos se hará por persona autorizada, por correo certificado o envío asegurado, al excelentísimo señor Secretario del Consejo, Se-

rrano, 117, Madrid, o al excelentísimo señor Secretario del Patronato «Juan de la Cierva», Alcalá, 95, según a los premios que aspiren los concursantes.

Madrid, 30 de enero de 1950.

El Presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, *José Ibáñez Martín*.

DECRETO de 24 de febrero de 1950 por el que se concede la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio a don Irineo Fernández Cruz.

En atención a los méritos y circunstancias que concurren en don Irineo Fernández Cruz,

Vengo en concederle la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a veinticuatro de febrero de mil novecientos cincuenta.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional,
JOSE IBANEZ MARTIN

(Patronato de la Biblioteca Nacional)

Anunciando un concurso bibliográfico para el año 1950

El Patronato de la Biblioteca Nacional anuncia para 1950 un concurso bibliográfico, en el que se concederán dos premios de 10.000 pesetas cada uno a las dos mejores bibliografías de escritores de España o América española, una de tema libre y otra sobre la imprenta en Barcelona

durante los siglos xv y xvi, entendiéndose, desde luego, que han de ser trabajos originales y contener gran número de noticias desconocidas o inéditas.

En los concursos que se convoquen en los años siguientes, el Patronato señalará como tema fijo la imprenta en Barcelona durante el siglo xvii, para 1951, y durante el siglo xviii hasta la muerte de Fernando VII, para el año 1952.

BASES PARA EL CONCURSO

1.ª Los trabajos que aspiren a estos premios han de ser de autores españoles o hispanoamericanos, redactados en español, en estilo limpio y con lenguaje castizo y propio, y se han de entregar completos manuscritos o escritos a máquina, y encuadrados, debiendo ajustarse, por lo que a la bibliografía respecta, a las instrucciones vigentes del cuerpo facultativo de archiveros, bibliotecarios y arqueólogos.

Los que no reúnan todas estas condiciones deberán, desde luego, ser rechazados por la Secretaría de la Biblioteca.

2.ª Los autores que no quieran revelar sus nombres podrán conservar el anónimo adoptando un lema cualquiera que distinga su escrito de los demás que se presenten al concurso.

3.ª No podrán optar a los premios las personas que, por razón del cargo que desempeñen en la Biblioteca Nacional, tengan que formar parte del Tribunal de Censura.

4.ª Los trabajos se admitirán hasta el día 30 de septiembre de 1950, debiendo quedar entregados en la Biblioteca Nacional,

antes de las siete de la tarde, en sobre dirigido al secretario de la misma, del cual o de la persona al efecto encargada, recogerán los interesados el recibo correspondiente.

5.^a Los premios serán indivisibles.

6.^a El nombre o nombres del autor o autores premiados se publicarán en el *Boletín Oficial del Estado* y al frente de las Memorias, cuano se impriman.

7.^a Las obras premiadas serán propiedad del Patronato, quien las publicará a medida que lo consientan las cantidades que tiene destinadas a este objeto.

8.^a Los autores tendrán derecho a 200 ejemplares de su obra.

9.^a Cuando no se adjudiquen los premios, porque las obras presentadas no lo merezcan, se anunciará también en el periódico oficial para que sus autores puedan recogerlas.

10. Los trabajos presentados en la Secretaría no podrán ser retirados antes de que recaiga la aprobación de la superioridad sobre los acuerdos del Jurado.

Madrid, 15 de febrero de 1950.

El Director de la Biblioteca Nacional, *Luis Morales Oliver*.

ORDEN de 13 de marzo de 1950 por la que se autoriza a la Universidad de Madrid para conferir el grado de doctor «honoris causa» al doctor don Selman A. Waksman.

Ilmo. Sr.: De conformidad con la propuesta del rectorado de la Universidad de Madrid, y con el favorable informe del Ministerio de Asuntos Exteriores, y en atención a los excepcionales méritos científicos que concurren en el interesado,

Este Ministerio ha resuelto conceder a la citada Universidad la autorización determinada en el artículo 21 de la ley de 29 de julio de 1943, para que se confiera el grado de doctor «honoris causa» al doctor don Selman A. Waksman, profesor de la Rutgers University (Estado de Nueva Jersey, Norteamérica).

Lo digo a V. I. para su conocimiento y efectos.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 13 de marzo de 1950.

IBAÑEZ MARTIN

Ilmo. Sr. Director General de Enseñanza Universitaria.

